

Mano 3/10

BIBLIOTECA ESPECIAL É INSTRUCTIVA.

VEINTE MIL LEGUAS  
DE VIAJE SUBMARINO,  
POR JULIO VERNE.

ÚNICA TRADUCCION EN ESPAÑA,  
POR D. VICENTE GUIMERÁ.

EDICION ILUSTRADA CON GRABADOS.

*Entregas 47 y 48*

ADMINISTRACION: Calle del Fomento, 6, bajo.

MADRID: 1869.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LUIS JAIME  
Calle del Fomento, 6, bajo.

L47  
3517



BIBLIOTECA ESPECIAL DE INSTRUCCION

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

LA UNICA TRADUCCION EN ESPAÑOL

DEL LIBRO DE

UNICA TRADUCCION EN ESPAÑOL

DE LA OBRA

TRADUCCION DE LA OBRA

1900

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

HABANA

UNIVERSIDAD DE LA HABANA





cisamente en aquellos parajes del Sur, una ballena se precipitó sobre el *Essex* y lo hizo retroceder con una velocidad de cuatro metros por segundo. Las aguas penetraron por detras, y el *Essex* se fue á pique instantáneamente.

Ned me miró con aspecto burlon.

—Por mi cuenta, dijo, he recibido un golpe de cola de una ballena, es decir, en mi bote. Mis compañeros y yo habíamos sido arrojados á una altura de seis metros. Pero junto á la ballena del señor profesor, la mia no era más que un ballenato.

—Viven mucho tiempo esos animales? preguntó Consejo.

—Mil años, respondió el arponero sin vacilar.

—Y cómo lo sabeis, Ned?

—Porque lo dicen.

—Y por qué lo dicen?

—Porque lo saben.

—No, Ned, no lo sabe nadie, pero se supone, y hé aqui por qué. Hace cuatrocientos años, cuando los pescadores iban por vez primera en seguimiento de las ballenas, tenían estos animales una magnitud superior á la que adquieren hoy. Se supone, pues, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales nace de que no han tenido el tiempo de adquirir el desarrollo necesario. Por eso ha dicho Buffon que esos cetáceos podian y debian vivir mil años. Entendeis?

Ned-Land no entendia, porque no escuchaba. La ballena seguia acercándose y la devoraba con la vista.

—Ah! exclamó; ya no es una ballena, son diez, veinte, un tropel entero. Y sin poder hacer nada! Estar aqui atado de pies y manos!

—Pero, amigo Ned, dijo Consejo, ¿por qué no pides al capitan Nemo permiso de caza?

Consejo no habia terminado su frase, cuando Ned-Land, metiéndose por la escotilla, corria al encuentro del capitan. Algunos instantes despues ambos aparecian en la plataforma.

El capitan Nemo observó el tropel de cetáceos que jugaba sobre las aguas á una milla del *Nautilus*.

—Son ballenas australes, dijo. Aqui hay la fortuna de una flota entera de balleneros.



—Pues bien, señor, dijo el arponero, ¿no podré perseguirlas aunque sólo sea para no olvidar mi antiguo oficio?

—¿Para qué, respondió el capitán Nemo, perseguir por sólo el gusto de exterminar? No necesitamos aceite de ballena á bordo.

—Sin embargo, señor, repuso el canadiense, en el mar Rojo nos autorizásteis á perseguir un dugongo.

—Se trataba entónces de proporcionar carne fresca á mi gente. Aquí sólo mataríamos por matar. Yo bien sé que este es un privilegio reservado al hombre; pero no admito esos pasatiempos mortíferos. Destruyendo la ballena austral como la franca, séres inofensivos y buenos, vuestros semejantes, maese Land, cometen una accion vituperable. Asi han despoblado ya toda la bahía de Baffin, y aniquilarán una clase de animales útiles. Dejad tranquilos á esos desgraciados cetáceos, que ya tienen contra sí á sus enemigos naturales los cachalotes, los espadones y las sierras, sin que terciéis vos en la contienda.

Júzguese cuál sería la catadura del canadiense durante este curso de moral. Dar semejantes razones á un pescador, eran palabras perdidas. Ned-Land miraba al capitán y no comprendía lo que queria decirle. Sin embargo, el capitán tenía razon. El encarnizamiento bárbaro é inconsiderado de los pescadores hará desaparecer un dia la última ballena del Océano.

Ned-Land tarareó un *Yankee doodle*, se metió las manos en los bolsillos y nos volvió la espalda.

Entretanto, el capitán Nemo observaba el tropel de cetáceos, y dirigiéndose á mí, exclamó:

—Bien tenía razon en decir que, sin el hombre, ya tiene la ballena bastantes enemigos naturales. Las que estamos viendo van á tener muy luégo que resistir un ataque. ¿Advertís, señor Aronnax, á ocho millas á sotavento, aquellos puntos negruzcos que están en movimiento?

—Sí, capitán, respondí.

—Son unos cachalotes, <sup>1</sup> animales terribles, que he encontrado

<sup>1</sup> La voz *cachalote* adoptada por varios modernos naturalistas españoles, y aún autorizada por la Academia, por cuya razón la hemos conservado, no es la más propia de nuestro idioma, siendo la denominacion realmente castiza del cetáceo á que se refiere Julio Verne la de *marsopla*. (N. del T.)



algunas veces por bandadas de dos á trescientos. En lo que á ellos toca, puesto que son fieras crueles y malélicas, hacen bien en destruirlos.

El canadiense, al oír esto, se volvió vivamente.

—Pues bien, capitán, dije, en interés mismo de las ballenas, puede Ned-Land ejercitar sus hazañas.

—Es inútil exponerse, señor profesor. El *Nautilus* bastará para dispersar á los cachalotes, puesto que su espolon de acero vale tanto como el arpon del señor Land. No es cierto?

El canadiense se encogió de hombros. ¡Atacar á los cetáceos á espolonazos! Quién había nunca visto una cosa así?

—Aguardad, señor Aronnax, dijo el capitán Nemo; os enseñaremos una caza que no conocéis todavía. No haya piedad para esos feroces cetáceos! No son más que boca y dientes!

Boca y dientes! de ningún modo mejor podía describirse el cachalote macrocéfalo, cuya talla pasa algunas veces de veinticinco metros. La cabeza enorme de este cetáceo ocupa casi el tercio de su cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuya mandíbula superior está solamente guarnecida de barbas, tiene veinticinco grandes dientes de veinte centímetros de altura, cilíndricos en la base, cónicos en su vértice, y que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de esta enorme cabeza, y en grandes cavidades separadas por cartílagos, se encuentran tres á cuatrocientos kilogramos de ese aceite precioso, llamado blanco de ballena. El cachalote es un animal de formas desairadas, más bien sapo que pez, según la observación de Fredol. Está mal conformado, siendo, por decirlo así, manco de todo el costado izquierdo, y sin vista apenas más que del ojo derecho.

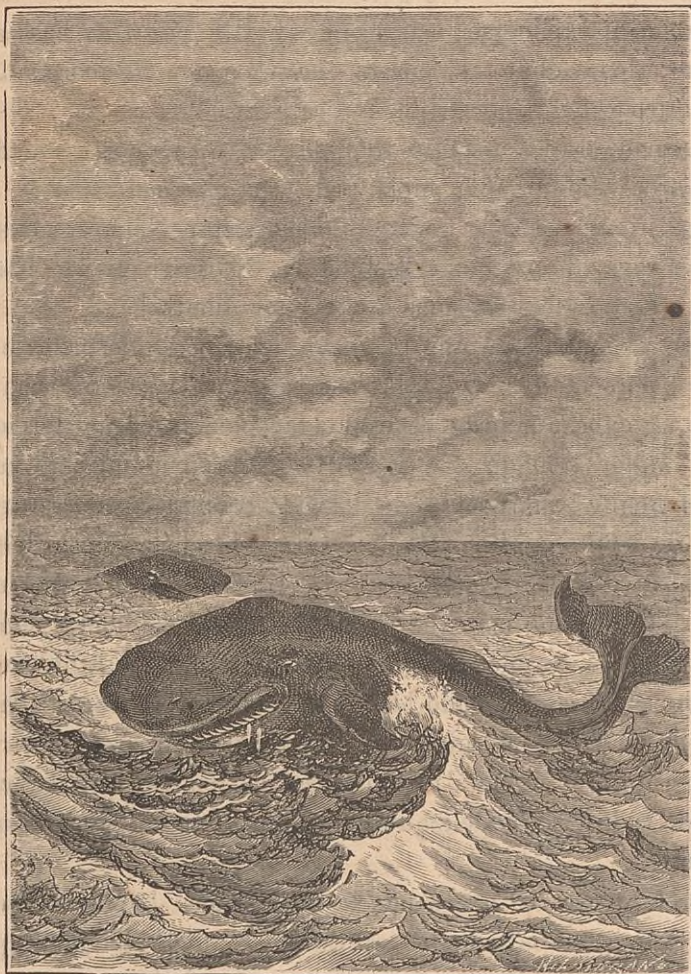
Entretanto se iba acercando la monstruosa bandada, que habiendo visto á las ballenas se aprestaba á atacarlas. Podía juzgarse anticipadamente la victoria de los cachalotes, no tan sólo porque están mejor formados que sus inofensivos adversarios para la acometida, sino también porque pueden pasar mucho tiempo bajo las aguas sin salir á respirar á la superficie.

Quedaba el tiempo preciso para acudir en auxilio de las ballenas. El *Nautilus* se colocó entre dos aguas, y nos arrimamos Consejo, Ned y yo á los cristales del salón. El capitán Nemo se fué



junto al timonel para maniobrar su aparato como un ingenio de destrucción. Muy luego sentí que los aleteos de la hélice se acrecentaban, y que nuestra velocidad aumentaba.

Ya había principiado el combate entre cachalotes y ballenas



cuando llegó el *Nautilus*. Manióbró este buque de manera que el tropel de macrocéfalos quedase cortado. Mostráronse estos al principio poco inquietos á la vista del nuevo mónstruo que intervenia en la batalla, pero luégo tuvieron que esquivar sus golpes.

Qué lucha! Ned-Land, que no tardó en entusiasmarse, acabó



por batir palmas. El *Nautilus* no era ya más que un arpon formidable, manejado por el brazo de su capitán. Arrojábase sobre aquellas masas carnosas y las atravesaba de parte á parte, dejando á su paso dos revolvedizas mitades de animal. No sentia los formidables coletazos con que los cachalotes golpeaban su casco, ni tampoco los choques con que él arremetia. Exterminado un cetáceo, corria sobre otro; viraba en redondo para no marrar su presa; iba adelante y atras, dócil á su timon, sumergiéndose cuando el cachalote se zambullia en las capas profundas, ascendiendo con él cuando subia á la superficie, hiriéndole de plano ó de punta, cortándolo ó desgarrándolo, y perforándolo en todas direcciones y á todas andaduras con su terrible espolon.

Qué carnicería! Qué estruendo en la superficie de las olas! Cuán agudos silbidos y cuán particulares gruñidos exhalaban aquellos animales espantados! En medio de aquellas aguas, por lo comun apacibles, su cola levantaba inmensas oleadas ó verdaderos cáncamos de mar.<sup>1</sup>

Durante una hora se prolongó aquella homérica matanza, á la cual no podian sustraerse los macrocéfalos. Diez, doce se reunieron varias veces para aplastar al *Nautilus* con su masa. Veíase en la ventana su enorme boca, incrustada de dientes, y su ojo formidable. Ned-Land, que ya no era dueño de sí, los amenazaba é injuriaba. Sentiamos que se agarraban á nuestro buque cual perros que hacen presa sobre un jabato en la espesura. Pero el *Nautilus*, forzando su hélice, se los llevaba, los arrastraba, los subia á la superficie, sin cuidarse ni de su peso enorme, ni de sus potentes apretones.

Al fin se fue aclarando la turba de cachalotes, y las olas tornaron á su quietud. Sentí que subíamos á la superficie del Océano. Se abrió la escotilla, y nos apresuramos á salir sobre la plataforma.

El mar estaba cubierto de cadáveres mutilados. Una explosion formidable no hubiera partido, ni destrozado, ni descuartizado con más violencia aquellas masas de carne. Flotábamos entre cuerpos

<sup>1</sup> El cáncamo de mar es la ola gruesa, ampollada y levantisca; en frances, *houle*.



gigantescos, azulados por el dorso, blanquecinos por el vientre, y llenos de enormes protuberancias. Algunos cachalotes espantados huían por el horizonte. Las aguas estaban teñidas de rojo en un espacio de muchas leguas, y el *Nautilus* navegaba por un mar de sangre.

El capitán Nemo nos alcanzó, y dijo:

—Y bien, señor Land?

—Y bien, respondió el canadiense, en quien el entusiasmo se había calmado, es un espectáculo terrible, en efecto; pero no soy carnicero, sino pescador, y esto no es más que una carnicería.

—Es una matanza de animales maléficos, respondió el capitán, y el *Nautilus* no es una cuchilla de carnicero.

—Prefiero mi arpón, replicó el canadiense.

—Cada cual su arma, respondió el capitán mirando con fijeza á Ned-Land.

Temía yo que este se dejase arrebatar por alguna violencia, que hubiera tenido deplorables consecuencias; pero su encono quedó distraído á la vista de una ballena con que el *Nautilus* tropezaba entónces.

El animal no había podido librarse de los dientes de los cachalotes. Reconocí la ballena austral, de cabeza deprimida, que es completamente negra. Anatómicamente, se distingue de la ballena blanca y del Nord-Caper por la soldadura de las siete vértebras cervicales, y cuenta dos costillas más que sus congéneres. El desgraciado cetáceo, tendido de lado, con el vientre acribillado de mordeduras, estaba muerto. En el extremo de su nadadera mutilada pendía un ballenato, al cual no había podido salvar de la matanza. Su boca abierta dejaba correr por entre las barbas chorros de agua, cuyo susurro se asemejaba al de la resaca.

El capitán Nemo condujo el *Nautilus* hasta donde estaba el animal. Dos de sus hombres subieron sobre la ballena, y no sin asombro vi que retiraban de sus pechos toda la leche que contenían, es decir, dos ó tres toneladas.

El capitán me ofreció una taza de aquella leche caliente todavía, pero no pude disimular un movimiento de repugnancia. Me aseguró que era excelente, y que no se diferenciaba en modo alguno de la de vacas.



*Luis Jajme*

La probé, y fui de su dictámen. Era, pues, para nosotros una provision útil, porque esa leche, en forma de manteca salada ó de queso, debia dar mucha variedad á nuestro diario alimento.

Desde aquel dia observé con inquietud que las disposiciones de Ned-Land hácia el capitan Nemo iban tornándose cada vez peores, y resolví vigilar de cerca los hechos y movimientos del canadiense.



## CAPÍTULO XIII.

### LAS BANCAS DE HIELO.

El *Nautilus* habia vuelto á tomar su imperturbable direccion hácia el Sur, y seguia el quincuagésimo meridiano con una velocidad considerable. Quería, pues, llegar al Polo? No lo creía yo así, porque hasta entónces todas las tentativas hechas para aquel punto del Globo habian fracasado. Por otra parte, la estacion estaba muy avanzada, puesto que el 13 de Marzo de las tierras antárticas corresponde al 13 de Setiembre de las regiones boreales, es decir, á la época en que comienza el período equinoccial.

El 14 de Marzo, y á los 55° de latitud, advertí algunos hielos flotantes, si bien no eran todavía más que pedazos sueltos y descoloridos, de veinte á veinticinco pies, formando escollos, contra los cuales se estrellaba el mar. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del Océano. Ned-Land, que habia pescado ya en los mares árticos, estaba familiarizado con el espectáculo de aquellos témpanos, llamados por los ingleses *ice-bergs*; pero Consejo y yo lo admirábamos por vez primera.

En la atmósfera, hácia el horizonte del Sur, se extendía una faja blanca de aspecto deslumbrador. Los balleneros ingleses han dado á este fenómeno el nombre de *ice-blinck*, y por espesas que sean las nubes nunca pueden oscurecerle. Anuncia la presencia de un *pack* ó banca de hielo.

En efecto, pronto aparecieron moles más considerables, cuyo brillo se modificaba á merced de los caprichos de la bruma. Algunas de estas masas mostraban vetas verdes, como si el sulfato de cobre hubiera trazado líneas onduladas. Otras, semejantes á enor-



mes amatistas, se dejaban penetrar por la luz. Reflejaban éstas los rayos luminosos sobre las mil facetas de sus cristales. Matizadas aquellas por los vivos reflejos del calcáreo, hubieran bastado para la construcción de toda una ciudad de mármol.

Cuanto más bajábamos al Sur, más numerosas é importantes iban siendo aquellas flotantes islas, donde anidaban á millares las aves del Polo, y entre otras los petrales y los tableros, que nos ensordecían con sus gritos, no faltando algunas que, tomando al *Nautilus* por el cadáver de una ballena, venían á posarse sobre él y á picotear su sonora chapa.

Durante esta navegación por entre los hielos, el capitán Nemo permanecía frecuentemente sobre la plataforma, observando con atención aquellos parajes abandonados. Yo reparé que su tranquila mirada se animaba en ciertos momentos. ¿Pensaba que en aquellos mares polares, vedados para el hombre, estaba en sus dominios y era quizá el árbitro de tan impenetrables espacios? Pero nada decía y permanecía inmóvil, no volviendo en sí más que cuando sus instintos de marino recobraban el predominio sobre su ánimo. Dirigiendo entonces su *Nautilus* con una destreza consumada, evitaba hábilmente el choque de aquellas masas, algunas de las cuales medían varias millas de longitud y setenta á ochenta metros de altura. Con frecuencia el horizonte parecía completamente cerrado. Á la altura de 60° de latitud, habían desaparecido todos los pasos; mas el capitán Nemo, haciendo cuidadosas investigaciones, encontraba pronto alguna estrecha abertura por la cual se deslizaba con audacia, á pesar de constarle que trás de él quedaría cerrada la salida.

Así fue como el *Nautilus*, guiado por aquella mano hábil, atravesó por entre los hielos, clasificados por los ingleses segun su forma ó su magnitud, con una precisión que daba mucho gusto á Consejo: *ice-berg*, ó montañas; *ice-fields*, ó campos llanos y sin límites; *drift-ice*, ó hielos flotantes; *packs*, ó campos quebrados, denominados *palchs* cuando son circulares, y *streams* cuando están formados de pedazos largos.

La temperatura era algo baja. El termómetro, expuesto al aire exterior, marcaba dos ó tres grados bajo cero; pero estábamos abrigados con pieles, cuyo gasto habían hecho las focas y los osos ma-



rios. El interior del *Nautilus*, regularmente caldeado por sus aparatos eléctricos, arrostraba los frios más intensos. Por lo demás, le hubiera bastado sumergirse algunos metros más abajo de las olas para encontrar una temperatura llevadera.

Dos meses ántes hubiéramos gozado en aquella latitud un día perpétuo; pero ya teníamos tres ó cuatro horas de noche, y no estaba lejano el período en que debían caer seis meses de sombra sobre aquellas regiones circumpolares.

El 15 de Marzo dejamos atrás la latitud de las islas New-Sethland y Orkney del Sur, y allí me dijo el capitán que antiguamente numerosas tribus de focas habitaban aquellas tierras; pero los balleneros ingleses y americanos, en su genio de destrucción, sacrificando los adultos y las hembras preñadas, habían conseguido dejar el silencio de la muerte donde ántes existía la animación de la vida.

El 16 de Marzo, hácia las ocho de la mañana, el *Nautilus* cortó el círculo polar antártico á los 55° de longitud. Los hielos nos rodeaban por todos lados y cerraban el horizonte. Sin embargo, el capitán Nemo seguía sorteándolos por los pasos que quedaban libres y caminando siempre hácia el Polo.

—Pero, adónde vá? preguntaba yo.

—Hácia adelante, respondió Consejo. Por lo demás, cuando ya no pueda andar, se parará.

—No me atrevería á asegurarlo! respondí.

Y á decir verdad, declaro que no me disgustaba aquella escursión aventurera, siéndome imposible expresar en cuán alto grado me maravillaban las bellezas de aquellas nuevas regiones. Los hielos presentaban soberbias actitudes. Parecía que formaban en ciertos parajes una ciudad oriental con sus minaretes y sus mezquitas innumerables; en otros sitios se asemejaban á una población derruida y como desplomada por una convulsión del suelo, ofreciendo el conjunto aspectos sin cesar variados por los oblicuos rayos solares, ó bien perdidos entre las oscuras brumas en medio de huracanes de nieve. Y al propio tiempo, las detonaciones que por todos lados se escuchaban, los desmoronamientos y los vuelcos de los grandes témpanos, cambiaban la decoración como el paisaje de un diorama.



Cuando en el momento de producirse estos trastornos el *Nautilus* se hallaba sumergido, el estruendo se propagaba bajo las aguas con espantosa intensidad, y la caída de aquellas moles producía peligrosos torbellinos hasta en las más profundas capas del Océano. El *Nautilus* entonces oscilaba y cabeceaba como las naves abandonadas á la furia de los elementos.

Cuando no veía salidas, solía ocurrirme que allí íbamos á quedar encerrados; pero guiado el capitán Nemo por su instinto, servíale el menor indicio para dar con pasajes nuevos. Jamás se equivocaba al observar los delgados regueros de azulada agua que surcaban los témpanos. Por eso no dudaba yo que ya se hallaba el *Nautilus* navegando en medio de los mares antárticos.

Pero durante la jornada del 16 de Marzo, las masas de hielo cerraban ya por completo el paso. No era aquello todavía la gran banca de hielo general, pero sí extensos témpanos cimentados por el frío. No podía este obstáculo detener al capitán Nemo, y se arrojó sobre una de aquellas moles con espantosa violencia. El *Nautilus* penetraba lo mismo que una cuña en aquella masa quebradiza, y la destrozaba con terrible estallido. Parecíase al ariete de los antiguos tiempos, despedido con infinita fuerza.

Los trozos de hielo proyectados por lo alto caían sobre nuestra nave como granizo. Por su única fuerza de impulsión, el *Nautilus* se abría paso, y á veces, arrebatado por su propio empuje, montaba sobre el témpano y lo despedazaba con su peso, no faltando momentos en que encerrado dentro del hielo mismo, lo abría con un simple movimiento de cabeceo, que producía anchos desgarramientos.

Durante aquellas jornadas nos acometieron violentos chubascos; y en algunas ocasiones la bruma era tan espesa, que no hubiera sido posible verse de un extremo al otro de la plataforma. La nieve se acumulaba en capas tan duras que era necesario romperla con picos, y los vientos mudaban á cada paso de rumbo. Era la temperatura de 5° bajo 0, y toda la parte exterior del *Nautilus* se cubría de hielo. Imposible hubiera sido manejar ningún aparejo, porque todos los cabos hubieran quedado prendidos en la cajera del moton. Un barco sin velas, y movido por la electricidad, era el único que podía arrostrar tan altas latitudes.



En estas condiciones, el barómetro se mantuvo generalmente muy bajo, descendiendo hasta los 735 milímetros. Las indicaciones de la brújula no ofrecían ya garantía alguna. Sus agujas marcaban sin tino direcciones contradictorias al acercarse al Polo magnético meridional, que no debe confundirse con el terrestre. En efecto; según Hansten, ese Polo está situado aproximadamente á los 70° de latitud y 130 de longitud; y según las observaciones de Duperres, á los 135 de longitud y 70° 30' de latitud. Por eso habia que buscar el rumbo por medio de numerosas observaciones sobre el compás en diferentes puntos del buque para tomar un término medio. Y con frecuencia se recurría simplemente á la estima para apreciar el camino seguido; método nada satisfactorio en medio de aquellos pasos sinuosos, cuyos puntos de comparacion se alteraban incesantemente.

Por último, el 18 de Marzo, despues de veinte asaltos inútiles, el *Nautilus* se vió definitivamente atajado. Ya no se trataba de témpanos, ni de moles sueltas, sino de una barrera interminable é inmóvil que se presentaba ante nosotros, formadas por montañas soldadas entre sí.

—La gran banca de hielo! dijo el arponero.

Comprendí que para Ned, así como para todos los navegantes que nos habian precedido, aquel era el obstáculo insuperable. Habiendo asomado el Sol un momento á medio dia, el capitán pudo hacer una observacion que nos acusó la situacion de 51° 30' longitud, y 67° 39' latitud meridional; punto, por cierto, bastante avanzado ya en las regiones antárticas.

Ya no habia á nuestra vista apariencia de masa líquida. Ante el espolon del *Nautilus* se extendía una inmensa llanura accidentada, llena de trabadas y confusas moles, con todo aquel caprichoso revoltijo que caracteriza la superficie de un rio algun tiempo ántes del deshielo, pero en proporciones gigantescas. Por uno y otro lado picos agudos, agujas aisladas elevándose á doscientos pies de altura; más léjos, una serie de cantiles cortados á pico, y revestidos de matices negruzcos; vastos espejos, que reflejaban algunos rayos solares medio perdidos entre las brumas. Y para digno remate del cuadro, un silencio feroz, interrumpido apénas por el aleteo de los petrales. Todo allí estaba helado, hasta el ruido.



El *Nautilus* se detuvo por consiguiente en su aventurera marcha, en medio de campos de hielo.

— Señor profesor, me dijo aquel día Ned, si vuestro capitan va más léjos.....

— Qué sucederá?



— Que será hombre de pro.

— Por qué?

— Porque nadie ha podido pasar esa banca de hielo. Ciertamente que vuestro capitan es poderoso; pero mil diantres, no ha de poder más que la naturaleza, y allí donde ésta ha fijado límites, no hay más remedio que pararse de buen ó de mal grado.



—En efecto, Ned-Land, y sin embargo, yo hubiera deseado saber lo que hay detras de esa inmensa mole. No hay cosa que más me irrite que una pared.

—Tiene el señor razon, dijo Consejo. Los muros se han inventado para desesperar á los sabios. No deberia haber muros en ninguna parte.

—Pero, repuso el canadiense, ahí detrás ya sabemos lo que hay.

—Y qué hay? pregunté.

—Hielo, y siempre hielo.

—Vos estais cierto de ese hecho, Ned, pero yo no lo estoy, y por eso quisiera ir á verlo.

—Pues bien, señor profesor, exclamó el canadiense, renunciad á semejante idea. Habeis llegado á la gran banca, lo cual me parece muy suficiente, y no pasareis de ahí, ni vuestro capitan Nemo, ni su *Nautilus*. Y quiéralo ó no, volveremos hácia el Norte, esto es, hácia la tierra de la gente honrada.

Debo reconocer que Ned-Land tenía razon, y que miéntas los buques no estuviesen dispuestos para navegar sobre los campos de hielo, tenían forzosamente que detenerse ante aquella masa glacial.

Y en efecto, á pesar de sus esfuerzos, y á pesar de los poderosos medios empleados para desgajar el hielo, el *Nautilus* quedó reducido á una forzada quietud. Por lo comun, quien no puede ir adelante, sale del paso con retroceder. Pero en este caso, tan imposible era lo uno como lo otro, porque toda salida estaba cerrada; no debiendo tardarse mucho en vernos realmente bloqueados, como aconteció luégo á las dos de la tarde, formándose á los costados el hielo con asombrosa rapidez. Parecióme la conducta del capitan Nemo mucho más que imprudente.

Estaba yo en aquel momento sobre la plataforma. El capitan, que observaba la situacion desde algunos momentos ántes, me dijo:

—Y bien, señor profesor, qué pensais de esto?

—Pienso que estamos cogidos, capitan.

—Cogidos! Y cómo lo entendeis asi?

—Porque ni podemos ir adelante, ni atras, ni de costado. Creo que esto se llama, al ménos en los continentes habitados, estar cogidos.



—¿Y creéis, por consiguiente, que el *Nautilus* no se desembarazará?

—Difícilmente, capitán, porque la estación está ya muy adelantada para que podáis contar con el deshielo.

—Ah! señor profesor, respondió el capitán con irónico acento,



siempre habeis de ser el mismo! ¡No veis más que impedimentos y obstáculos! ¡Yo os aseguro que el *Nautilus*, no tan sólo se desembarazará, sino que irá más allá todavía!

—Más allá hacia el Sud? dije mirando al capitán.

—Si señor, iremos al Polo.



—Al Polo! exclamé, no pudiendo contener un movimiento de incredulidad.

—Sí! respondió friamente el capitán; al Polo antártico, á ese punto desconocido, donde se cruzan todos los meridianos. Ya sabeis que hago del *Nautilus* lo que quiero.

Ciertamente que yo bien sabía que aquel hombre era audaz hasta la temeridad. Pero vencer los obstáculos que hay en el Polo austral, más inaccesible que el boreal, adonde todavía no han llegado los más osados navegantes, me parecia empresa absolutamente insensata, y que sólo podia concebir un sér desprovisto de razon.

Me ocurrió entónces preguntar al capitán Nemo si habia estado alguna vez ya en ese Polo, inaccesible para toda criatura humana, y me respondió:

No, pero lo descubriremos juntos. Allí, donde otros se han estrellado, yo no me estrellaré. Jamás he traído mi *Nautilus* tan léjos como ahora en los mares australes; pero os repito que todavía irá mas allá.

—Quiero creerlo, capitán, repuse con acento algo irónico. ¡Os creo! Vamos adelante! No hay obstáculos para nosotros! Rompamos esa mole de hielo! ¡Démosle, en caso necesario, barrenos, y si aún así resiste, pongamos alas al *Nautilus* para que vaya por encima!

—Por encima, señor profesor? respondió con sosiego el capitán Nemo. Por encima, no; pero por debajo, sí.

—Por debajo? exclamé.

Una súbita revelacion de los proyectos del capitán disipó mis dudas. Acababa de comprender que las maravillosas cualidades del *Nautilus* le iban á servir todavía en tan sobrehumana empresa.

—Ya veo que principiamos á entendernos, señor profesor, me dijo el capitán sonriendo. Ya comprendéis la posibilidad, y yo digo que el éxito de mis designios. Lo que es impracticable para un buque ordinario, es fácil para el *Nautilus*. Si en el Polo hay algun continente, allí se detendrá; pero si el mar está libre, llegará al mismo Polo.

—En efecto, dije, si la superficie del mar está solidificada, las capas inferiores están libres, por la razon providencial que ha



—Ved ese Océano, señor profesor. ¿No le considerais dotado de una vida real? No tiene sus iras y sus ternuras tambien? Ayer se durmió como nosotros, y ahora se despierta, despues de una apacible noche.

Esto me lo dijo sin darme los buenos dias, y como si aquel extraño personaje hubiese continuado conmigo una conversacion ántes comenzada.

—Mirad, prosiguió; ya se despierta ante las caricias del sol. Va á revivir con su existencia diurna. Estudio interesante es el de seguir el juego de su organismo. Posee un pulso y arterias; tiene espasmos, y doy la razon al sabio Maury, que descubrió en él una circulacion tan positiva como la circulacion sanguínea de los animales.

Es seguro que el capitán Nemo no aguardaba de mí contestacion alguna, pareciéndome inútil prodigarle las respuestas de cajon siguientes: *Efectivamente..... Cierto..... Es verdad..... Teneis razon.* Hablaba más bien consigo mismo, tomándose tiempo entre frase y frase. Era una meditacion en alta voz.

—Sí, añadió; el Océano posee una verdadera circulacion, y, para provocarla, le ha bastado al Criador multiplicar aquí el calórico, la sal y los animalillos. El calórico crea, en efecto, densidades diferentes, que producen las corrientes y contracorrientes. La evaporacion, nula en las regiones hiperbóreas, muy activa en las zonas ecuatoriales, constituye un cambio permanente de las aguas tropicales con las polares. Además, he sorprendido esas corrientes de arriba á abajo y de abajo á arriba que forman la verdadera respiracion del Océano. He visto cómo la molécula de agua de mar, calentada en la superficie, bajaba á las profundidades, alcanzaba su máximum de densidad á los dos grados bajo cero, y cómo luégo, haciéndose más ligera por el enfriamiento, volvía á subir. Vereis en los polos las consecuencias de este fenómeno, y comprendereis por qué, con esa ley de la Naturaleza previsora, la congelacion no aparece nunca sino en la superficie de las aguas.

Mientras que el capitán Nemo terminaba su frase, yo decia para mí:

—El polo! Si le ocurrirá llevarnos hasta allí?

Entretanto el capitán habia callado, y contemplaba aquel ele-



mento, tan completa é incesantemente estudiado por él. Luégo pro-siguió:

—Las sales se encuentran en considerable cantidad en el mar, señor profesor; y si las eliminárais de su disolucion, formaríais una masa de cuatro millones y medio de leguas cúbicas; la cual, extendida sobre el Globo, constituiria una capa de diez metros de altura.<sup>1</sup> Y no creais que la presencia de estas sales sea debida á un simple capricho de la Naturaleza, nó; porque así las aguas marinas son ménos susceptibles de ser convertidas por los vientos en vapores, los cuales, desprendidos en demasía, inundarian, al condensarse, las zonas templadas. ¡Tarea inmensa, tarea de conciliacion encomendada al Océano en la economía general del Globo!

---

<sup>1</sup> En estos cálculos ha debido padecerse en la edicion francesa alguna equivocacion, probablemente al poner en letra los números que estarian escritos con guarismos en el original del autor. En efecto, á una masa de cuatro millones y medio de leguas cúbicas, extendida en la superficie del Globo por igual, no corresponde una altura de diez metros, sino de más de seiscientos.

Por otra parte, si la masa total de agua, segun el párrafo primero del Capítulo XIV, formaria una esfera de sesenta leguas de diámetro, el volúmen de una esfera así es de ciento trece mil cuarenta leguas cúbicas, y por consiguiente mal pueden caber en este número cuatro millones y medio de leguas cúbicas de sales marinas.

Es que hay, tanto en el capítulo citado, como aquí, alguna equivocacion que vamos á rectificar.

La cifra de tres millones ochocientos treinta y dos mil quinientos cincuenta y ocho miriámetros cuadrados, asignada en el Capítulo XIV para la superficie ocupada por las aguas en el Globo, es aceptable. Partiendo de esta base, debe decir en el referido capítulo treinta y ocho millares de millones de hectáreas, en vez de treinta y ocho millones; porque cada miriámetro superficial tiene diez mil hectáreas.

Si la profundidad media de las aguas del mar es de siete kilómetros, la masa total de aguas cubrirá un volúmen de dos mil seiscientos ochenta y dos millones ochocientos mil seiscientos kilómetros cúbicos, lo cual equivale á una esfera de mil setecientos veinticuatro kilómetros y medio de diámetro, sean trescientas ochenta y ocho leguas francesas, en vez de las sesenta allí asignadas.

Ahora bien; sacando la equivalencia de kilómetros cúbicos con leguas francesas cúbicas de veinticinco al grado, la masa de aguas marinas mide más de treinta millones de leguas cúbicas. Para que esta masa contenga cuatro millones y medio de leguas cúbicas de sales, sería preciso que la proporcion de éstas fuese de quince por ciento, lo cual creemos exagerado. Pero, áun cuando el volúmen de las sales contenidas en el mar no fuese más que de un millon de leguas cúbicas, esta masa, extendida por igual en toda la superficie del Globo, constituirá una capa de unos ciento cincuenta metros de altura, en vez de los diez metros indicados. (*N. del T.*)



El capitán Nemo se detuvo; se levantó, dió algunos pasos sobre la plataforma y volvió hácia mí, diciendo:

—En cuanto á los infusorios, á esa infinita multitud de animalillos que existen á millares de millones en una gotita de agua, y de los cuales se necesitan ochocientos mil para pesar un milígramo, no es ménos importante el papel que desempeñan. Absorben las sales marinas, se asimilan los elementos sólidos del agua, y, cual verdaderos constructores de continentes calizos, fabrican corales y madréporas. Y entónces la gota de agua, privada de su alimento mineral, se aligera, sube á la superficie, absorbe allí las sales abandonadas por la evaporacion, se vuelve pesada, descende de nuevo y lleva á los animalillos otros elementos que absorber. ¡De aquí una doble corriente ascendente y descendente, y siempre el movimiento, y siempre la vida! ¡La vida, más intensa que en los continentes, más exuberante, más infinita, ostentándose en todas las partes de ese Océano, elemento de muerte para el hombre, segun dicen, elemento de existencia para una infinidad de animales, —y para mí!

Cuando el capitán Nemo hablaba de esta suerte se trasformaba, y provocaba en mí cierta emocion extraordinaria.

—Así pues, añadió, aquí está la verdadera existencia! Y yo concebiria la fundacion de ciudades náuticas y aglomeraciones de casas submarinas que, como el *Nautilus*, viniesen á respirar cada mañana á la superficie de los mares; ciudades libres é independientes! Y quién sabe si áun así algun déspota!....

El capitán Nemo terminó su frase con un ademán violento. Y luego, encarándose directamente conmigo, como para alejar un pensamiento funesto, me preguntó:

—Señor Aronnax; sabéis cuál es la profundidad de los mares?

—Sé al ménos, capitán, lo que nos han enseñado los principales braceajes.

—Podríais citármelos, á fin de comprobarlos?

—Hé aquí algunos, le respondí, que me ocurren á la memoria. Si no me equivoco, se ha encontrado una profundidad media de ocho mil dscientos metros en el Atlántico septentrional, y dos mil quinientos metros en el Mediterráneo. Los braceajes más notables se han practicado en el Atlántico meridional, cerca de los treinta y



cinco grados, y han dado doce mil metros, catorce mil noventa y un metros, y quince mil ciento cuarenta y nueve metros. En suma, se calcula que, si el fondo del mar estuviese nivelado, la profundidad media sería de unos siete kilómetros.

—Bien, señor profesor, respondió el capitán Nemo; espero, sin embargo, que os daremos mejores lecciones. En cuanto á la profundidad media de esta parte del Pacífico, os demostraré que sólo es de cuatro mil metros.

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió hacia la escotilla y desapareció por la escalera. Le seguí, y llegué al gran salón. La hélice se puso al punto en movimiento, y la corredera indicó una velocidad de veinte millas por hora.

Durante los días y las semanas que después trascurrieron, el capitán Nemo fué muy sobrio de visitas. No le vi sino muy de tarde en tarde. Su segundo era quien marcaba regularmente el punto que yo hallaba señalado en la carta de marear, de tal modo, que yo podía fijar exactamente el rumbo del *Nautilus*.

Consejo y Land pasaban conmigo largos ratos. Aquél había referido á su amigo las maravillas de nuestro paseo, y el canadiense sentía no habernos acompañado. Pero yo aguardaba que la ocasión de visitar las selvas marítimas volvería á presentarse.

Casi todos los días, durante algunas horas, las ventanas del salón se abrían, y nuestros ojos no se cansaban de penetrar los misterios del mundo submarino.

La dirección general del *Nautilus* era al Sueste, y se mantenía entre ciento y ciento cincuenta metros de profundidad. Un día, sin embargo, no sé por qué capricho, arrastrado diagonalmente por medio de sus planos inclinados, alcanzó las capas de agua situadas á dos mil metros. El termómetro indicaba una temperatura de 4° 25 centígrados; temperatura que á dicha profundidad parece común á todas las latitudes.

El 26 de Noviembre, á las tres de la mañana, el *Nautilus* traspuso el trópico de Cáncer, á los 172° de longitud. El día 27 pasó á la vista de las islas Sandwich, donde el ilustre Cook encontró la muerte en 14 de Febrero de 1779. Habíamos andado entonces cuatro mil ochocientos sesenta leguas desde nuestro punto de partida. Por la mañana, cuando llegué á la plataforma, apercibí á dos mi-



llas por sotavento la isla de Haouaï, la más considerable de las siete que forman el archipiélago. Distinguí con claridad su orilla cultivada; las diversas cadenas de montañas que corren paralelas á la costa, y sus volcanes, dominados por el Mouna-Rea, elevado cinco mil metros sobre el nivel del mar. Entre otros ejemplares de aquellos parajes, las redes trajeron unas flabelarias pavoneadas, pólipos comprimidos de forma graciosa, y que son peculiares á esta parte del Océano.

La direccion del *Nautilus* se mantuvo al Sueste. Cortó el Ecuador el 1.º de Diciembre, á los 142º de longitud, y el 4 del mismo mes, despues de una rápida travesía, no señalada por incidente alguno, tuvimos conocimiento del grupo de las Marquesas. Apercibí á tres millas, á los 8º 57' de latitud Sur, y 139º 32' de longitud Oeste, la punta Martin de Nouka-Hiva, que es la principal de aquel grupo perteneciente á la Francia. Tan sólo vi las montañas llenas de árboles que se dibujaban en el horizonte, porque el capitan Nemo no queria acercarse á tierra. Allí las redes trajeron bellas muestras de peces, entre los cuales habia corífenos de nadaderas azuladas y cola de oro, cuya carne no tiene igual en el mundo; holigimnosos casi desprovistos de escamas, pero de exquisito sabor; ostrorincos de mandíbula ósea; tásaros amarillentos que valian tanto como el bonito; peces todos dignos de clasificarse en la cocina de bordo.

Despues de haber dejado atras aquellas encantadoras islas, protegidas por el pabellon frances, el *Nautilus* recorrió todavía unas dos mil millas desde el 4 al 14 de Diciembre. Esta navegacion fué señalada por el encuentro de un inmenso tropel de calamares, curiosos moluscos muy parecidos á la jibia. Pertenecen á la clase de los cefalópodos y á la familia de los dibranquios, que comprende la jibia y el argonauta. Estos animales fueron particularmente estudiados por los naturalistas de la antigüedad, y proporcionaban numerosas metáforas á los oradores del Agora, al propio tiempo que un plato excelente á la mesa de los ricos ciudadanos, si debemos creer á Ateneo, médico griego que vivió ántes que Galeno.

Durante la noche del 9 al 10 de Diciembre fué cuando el *Nautilus* encontró aquel ejército de moluscos, que son particularmente nocturnos. Podian contarse por millones. Emigraban de las zonas templadas hácia las cálidas, siguiendo el itinerario de los arenques



y de las sardinas. Los mirábamos por entre los gruesos cristales de las ventanas, viéndolos nadar hácia atrás con extraordinaria rapidez y moverse por medio de su tubo locomotor, persiguiendo á los peces y á los moluscos, comiéndose á los pequeños, siendo comidos de los grandes, y agitando en indefinible confusion los diez piés que



la Naturaleza les ha implantado en la cabeza, como una cabellera de serpientes neumáticas. El *Nautilus*, á pesar de su velocidad, navegó durante algunas horas en medio de aquel tropel de animales, y sus redes trajeron gran cantidad de ellos, entre los cuales reconocí las nueve especies que d'Orbigny ha clasificado para el Océano Pacífico.



Como se ve, durante esta travesía el mar prodigaba sin cesar sus más maravillosos espectáculos, variándolos al infinito y cambiando su decoracion y su escena para dar gusto á nuestros ojos. Parecia que estábamos llamados, no sólo á contemplar las obras del Criador en medio del elemento líquido, sino tambien á penetrar los más temibles misterios del Océano.

Durante la jornada del 11 de Diciembre estaba yo ocupado en leer en el gran salon, miéntras que Ned-Land y Consejo observaban las aguas luminosas por las ventanas entreabiertas. El *Nautilus* estaba quieto. Llenos sus receptáculos, manteníase á una profundidad de mil metros, region de los mares poco habitada, y en la cual eran raras las apariciones de grandes peces.

En aquel momento estaba yo leyendo un libro encantador de Juan Macé, los *Servidores del estómago*, y saboreaba sus lecciones ingeniosas, cuando Consejo interrumpió mi lectura.

—Quiere el señor venir un instante por aquí? me dijo con extraño acento.

—Qué ocurre, Consejo?

—Mire el señor.

Me levanté, fui á apoyarme de codos delante de la ventana, y miré.

En plena luz eléctrica manteníase suspendida en medio de las aguas una enorme masa negruzca. La observé con atencion, tratando de reconocer la naturaleza de ese gigantesco cetáceo; pero cruzó por mi mente una idea repentina.

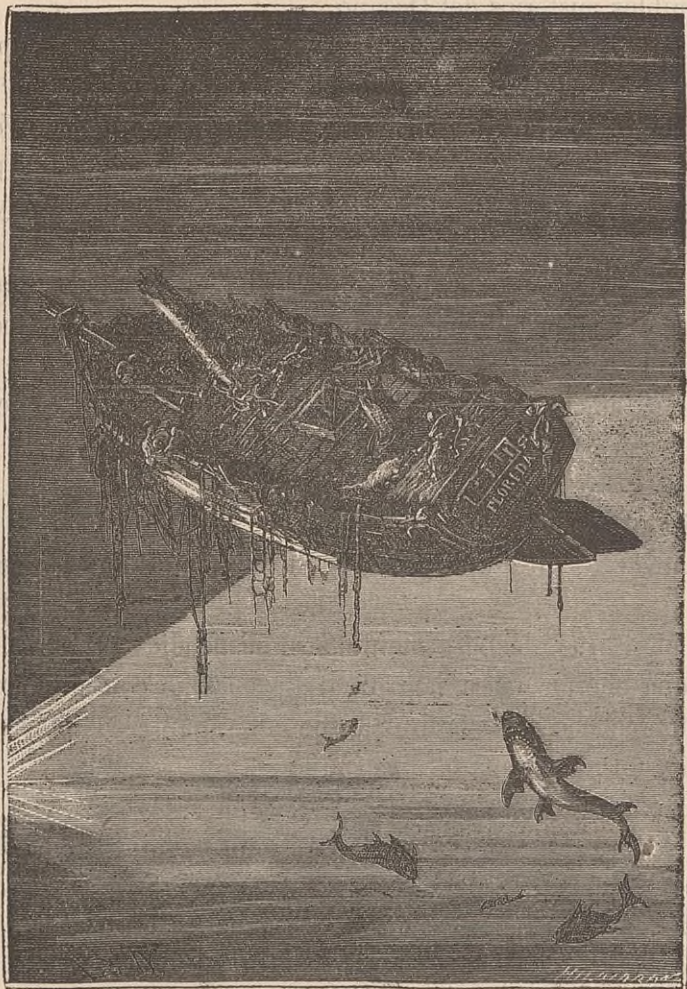
—Un navío! exclamé.

—Sí señor, respondió el canadiense; un navío desamparado que se ha ido á pique.

Ned-Land no se equivocaba. Estábamos en presencia de un buque, cuyos obenques cortados colgaban todavía de las bozas ó cadenas. Su casco estaba al parecer en buen estado, y su naufragio llevaba muy pocas horas de fecha. Tres pedazos de mástiles, partidos á dos piés por encima del puente, indicaban que el buque comprometido habia tenido que sacrificar su arboladura; pero, caido sobre el costado, habia hecho agua, y todavía estaba tumbado, dando la banda á babor. ¡Triste espectáculo el de aquel casco perdido entre las aguas; pero más triste aún la vista de su puente, donde ya-



cian tendidos algunos cadáveres amarrados con cuerdas! Conté cuatro hombres en esta disposición; otro estaba de pie agarrado al timón, y había una mujer medio asomada por la lumbrera de la toldilla, y con un niño en brazos. La luz proyectada por el *Nautilus* me permitió reconocer sus facciones, no descompuestas aún por el



agua. Era joven; y, haciendo un supremo esfuerzo, había levantado por encima de la cabeza á su niño, pobrecito sér cuyos brazos abrazaban el cuello de su madre. La actitud de los cuatro marinos me pareció espantosa, pues habían perecido, según toda probabilidad, entre movimientos convulsivos y haciendo esfuerzos por arrancarse las cuerdas que los tenían amarrados. El timonero demostraba más



Luis Fayme

serenidad. Con semblante grave y tranquilo, sus cabellos canosos pegados á la frente, la mano crispada sobre la rueda del timon, parecia dirigir todavia el buque, perdido por las profundidades del Océano.

Qué escena! ¡Estábamos mudos y con el corazon palpitante ante aquel naufragio, por decirlo así, infraganti, y fotografiado en su postrer minuto! Y veia yo avanzar unos enormes tiburones, que, con los ojos encendidos, acudian atraidos por aquel cebo de carne humana.

Entretanto el *Nautilus*, haciendo evoluciones, dió la vuelta alrededor del buque sumergido, y durante un momento pude leer sobre su espejo de popa lo siguiente:

*Florida, Sunderland.*



## CAPÍTULO XIX.

### VANIKORO.

Este espectáculo terrible inauguraba la serie de catástrofes marítimas que el *Nautilus* debía encontrar en su rumbo. Desde que recorría los mares más frecuentados solíamos á menudo hallar cascos de buques perdidos entre dos aguas, y á mayor profundidad cañones, balas, áncoras, cadenas y otros mil objetos de hierro carcomidos por el orin.

Entretanto, arrastrados siempre por el *Nautilus*, donde vivíamos como aislados, tuvimos conocimiento el 11 de Diciembre del archipiélago de Pomotú, antiguo *grupo peligroso* de Bougainville, que se extiende por un espacio de quinientas leguas del Es-sueste al Oeste-noroeste, entre los 13° 30' y 23° 50' de latitud Sur, y 125° 30' y 151° 30' de longitud Oeste, desde la isla Ducia hasta la de Lazaref. Este archipiélago cubre una superficie de trescientas setenta leguas cuadradas, y está formado por unos sesenta grupos de islas, entre los cuales el más notable es el de Gambier, al cual ha impuesto la Francia su protectorado. Estas islas son coralígenas, y una elevacion lenta, pero continua, del fondo, provocada por el trabajo de los pólipos, las enlazará algun dia entre sí, y la nueva isla se soldará más tarde con los archipiélagos vecinos, con lo cual se extenderá un quinto continente desde la Nueva Celandia y la Nueva Caledonia hasta las islas Marquesas.

El dia en que desarrollé esta teoría ante el capitan Nemo, me respondió con frialdad:

—No son continentes nuevos los que hacen falta á la tierra, sino otros hombres.



Los azares de la navegacion habian precisamente conducido el *Nautilus* hácia la isla de Clermont-Tonnerre, una de las más curiosas del grupo que fué descubierto en 1822 por el capitan Bell, de la *Minerva*. Pude entónces estudiar el sistema madreporico, á que son debidas las islas de aquel Océano.

Las madreporas, que no deben confundirse con los corales, tienen un tejido revestido de una costra calcárea, y las modificaciones de su estructura han determinado á mi ilustre maestro Milne-Edwards á clasificarlas en cinco secciones. Los animalillos que secretan este pólipos viven por millares de millones en el fondo de sus celdas. Son sus depósitos calizos los que se tornan peñas, arrecifes, islotes, islas. Ora forman un anillo circular, con un pequeño lago interior, comunicando con el mar por algunas brechas; ora figuran unas barreras de arrecifes, semejantes á las que existen en las costas de la Nueva Caledonia y de las diferentes islas de Pomotú. En otros parajes, como en la Reunion y la isla Mauricio, elevan unos arrecifes festoneados, altas murallas rectas, junto á las cuales las profundidades del Océano son considerables.

Bordeando á pocos cables de distancia los cantiles de la isla de Clermont-Tonnerre, pude admirar la gigantesca obra efectuada por aquellos operarios microscópicos. Eran aquellas murallas obra especial de las madreporas, designadas con los nombres de miléporas, poritas, ástreas y meandrinas. Estos pólipos se desarrollan particularmente en las capas agitadas de la superficie del mar, y por consiguiente comienzan por la parte superior sus construcciones, las cuales se hunden poco á poco con los despojos de secreciones que las sostienen. Tal es, al ménos, la teoría de Darwin, que explica de esta suerte la formacion de los atolones<sup>1</sup>, —teoría superior, á mi ver, á la que establece como base de los trabajos madreporicos los vértices de las montañas ó volcanes situados á pocos piés debajo del nivel del mar.

Pude observar muy de cerca aquellas curiosas murallas; porque, medidas á plomo, el escandallo acusaba más de trescientos metros de profundidad, y nuestras ráfagas eléctricas hacian resplandecer aquella brillante masa caliza.

<sup>1</sup> Son los islotes circulares que forman en su interior una especie de lago.



Respondiendo á una pregunta que me dirigió Consejo sobre la duracion del crecimiento de aquellas barreras colosales, le causé mucho asombro al decirle que los sabios fijaban este aumento en unas seis á siete pulgadas por siglo.

—Luego, para elevar esas murallas, han sido necesarios?....

—Ciento noventa y dos mil años, mi buen Consejo; lo cual prolonga singularmente los dias de la Biblia. Por otra parte, la formacion del carbon de tierra, esto es, la mineralizacion de las selvas arrasadas por los diluvios, y el enfriamiento de las rocas basálticas, han exigido un tiempo mucho más considerable. Pero yo añadiré que los dias bíblicos no son más que épocas, y no el intervalo que média entre dos salidas del sol; pues, segun la Biblia misma, este astro no existia el primer dia de la Creacion.

Cuando el *Nautilus* volvió á la superficie del Océano, pude abrazar en todo su desarrollo la isla de Clermont-Tonnerre, baja y selvática. Sus rocas madreporicas fueron seguramente fertilizadas por las mangas de agua y por las tempestades. Un dia, alguna semilla, traída por el huracan de las tierras vecinas, cayó sobre las capas calizas, mezcladas con despojos descompuestos de peces y plantas marinas que formaron la tierra vegetal. Una nuez de coco, impelida por las olas, llegó á esa nueva costa, y los gérmenes se arraigaron, y el árbol, al crecer, detuvo el vapor del agua, naciendo el arroyo. La vegetacion fué poco á poco desarrollándose; y algunos animalillos, ciertos gusanos ó insectos, vinieron sobre los troncos desarraigados de las islas inmediatas por el viento. Los pájaros anidaron en los jóvenes árboles, y de este modo la vida animal se desarrolló; y el hombre, atraído por el verdor y la fertilidad, apareció, sin que de otra suerte se formasen aquellas islas, obras inmensas de animales microscópicos.

Por la tarde, Clermont-Tonnerre desapareció en lontananza, y el *Nautilus* modificó su rumbo de un modo sensible. Despues de haber tocado en el trópico de Capricornio á los 135° de longitud, se dirigió hácia el Oes-noroeste, remontando toda la zona tropical. Aunque el sol de verano prodigaba sus rayos, no sufríamos el calor; porque á treinta ó cuarenta metros debajo del agua la temperatura no pasaba de diez á doce grados.

El 15 de Diciembre dejábamos al Este el seductor archipiélago



de la Sociedad y la graciosa isla de Taiti, reina del Pacífico. Divisé por la mañana, á algunas millas á sotavento, las elevadas cimas de esa isla. Sus aguas dieron para la mesa de bordo excelentes peces, como caballas, bonitos, albicoros, y una variedad de serpientes de mar llamadas murenofis.

El *Nautilus* habia recorrido ochocientas millas. Nueve mil setecientas marcaba la corredera cuando pasó entre el archipiélago de Tonga-Tabú, donde habian perecido las tripulaciones del *Argos*, *Puerto-Príncipe* y *Duque de Portland*, y el de los Navegantes, donde fué muerto el capitan de Langle, amigo de La Pérouse. Despues se vió el archipiélago de Viti, donde los salvajes habian asesinado á los marineros de la *Union* y al capitan Bureau, de Nantes, que mandaba la *Amable Josefina*.

Este archipiélago, que se prolonga en una extension de cien leguas del Norte al Sur, y de noventa de Este á Oeste, está comprendido entre los 6° y 2° de latitud meridional, y los 174° y 179° de longitud Oeste. Se compone de cierto número de islas, islotes y escollos, entre los cuales se observan las islas de Viti-Levú, Vanua-Levú y Kandubon.

Fué Tasman quien descubrió este grupo en 1643, el año mismo en que Toricelli inventaba el barómetro, y en que Luis XIV subia al trono. Discúrrase cuál de estos tres hechos habrá sido el más útil para la humanidad. Vinieron despues Cook, en 1714; d'Entrecasteaux, en 1793; y por último, Dumont d'Urville, en 1827, que aclaró todo el caos geográfico del archipiélago. El *Nautilus* se acercó á la bahía de Wailea, teatro de las terribles aventuras del capitan Dillon, que fué el primero en esclarecer el misterio del naufragio de La Pérouse.

Esa bahía, diferentes veces surcada por la draga, produce en abundancia excelentes ostras, de las cuales comimos sin moderacion, despues de haberlas abierto sobre nuestra misma mesa, segun el precepto de Séneca. Pertenecian estos moluscos á la especie conocida con el nombre de *ostra lamellosa*, que es muy comun en Córcega. El banco de Wailea debia de ser considerable; y ciertamente que, sin múltiples causas de destruccion, aquellas aglomeraciones acabarian por colmar las bahías, puesto que se cuentan hasta dos millones de huevos en un solo individuo.



Y si Ned-Land no tuvo que arrepentirse de su glotonería en aquella circunstancia, fué porque la ostra es el único alimento que jamás provoca indigestiones. En efecto, se necesitan diez y seis docenas de estos moluscos para suministrar los trescientos quince gramos de sustancia azoada necesaria para el alimento cotidiano de un solo hombre.

El 25 de Diciembre el *Nautilus* navegaba por entre el archipiélago de las Nuevas Hébridas, descubiertas por Quirós en 1606, exploradas por Bougainville en 1768, y á quien dió Cook su nombre actual en 1773. El grupo se compone principalmente de nueve islas grandes, formando una banda de ciento veinte leguas del Noroeste al-Sur-sueste, comprendida entre 15° y 2° de latitud Sur, y entre 164° y 168° de longitud. Pasamos bastante cerca de la isla de Aurora, que, en el momento de las observaciones de medio dia, apareció como una masa de bosques verdes dominada por un pico de grande altura.

Aquel dia era Navidad, y me pareció que Ned-Land habia echado mucho de ménos la celebracion de la Nochebuena, verdadera fiesta de familia, de que son muy fanáticos los protestantes.

Ocho dias habian trascurrido sin que yo viese al capitan Nemo, cuando el 27 por la mañana entró en el gran salon, y siempre como si no hiciera más que cinco minutos que se hubiese separado de nosotros. Estaba yo reconociendo en el planisferio el rumbo del *Nautilus*. El capitan se acercó, puso un dedo sobre un punto del mapa, y pronunció esta sola palabra.

—Vanikoro.

Este nombre produjo un efecto mágico. Era el de los islotes donde se perdieron los buques de La Pérouse. Me levanté súbitamente.

—El *Nautilus* nos lleva á Vanikoro? pregunté.

—Sí, señor profesor, respondió el capitan.

—Y ¿podré visitar esas célebres islas donde fueron destrozados la *Brújula* y el *Astrolabio*?

—Si así os place, señor profesor.

—Cuándo estaremos en Vanikoro?

—Ya estamos, señor profesor.

Seguido del capitan Nemo subí á la plataforma; y desde allí, mi vista recorrió con avidez el horizonte.



Por el Nordeste asomaban fuera de las aguas dos islas volcánicas, de desigual magnitud, rodeadas por unos arrecifes de corales que medían cuarenta millas de circuito. Estábamos delante de la isla Vanikoro propiamente dicha, y á la cual Dumont d'Urville habia impuesto el nombre de isla de la *Recherche* (Indagacion), y precisamente ante la ensenada ó abra de Varú, situada á los 16° 4' de latitud Sur, y á los 164° 32' de longitud Este. Las tierras parecian estar cubiertas de verdor desde la playa hasta las cumbres del interior, dominado por el monte Kapogo, cuya altura era de cuatrocientas setenta y seis toesas.

El *Nautilus*, despues de haber salvado la cintura exterior de peñas por un estrecho paso, se encontró por dentro de los rompientes, donde el mar tenía una profundidad de treinta á cuarenta brazas. Bajo la verde espesura de los árboles habia como una docena de salvajes, que demostraron extraordinaria sorpresa al acercarnos. ¿Creyeron ver en la masa negruzca que avanzaba á flor de agua algun cetáceo formidable del cual debiesen desconfiar?

El capitan Nemo me preguntó entónces lo que sabía yo del naufragio de La Pérouse.

—Lo que saben todos, capitan, le respondí.

—Y podríais decirme lo que saben todos? me preguntó en tono algo irónico.

—Muy fácilmente.

Le referí lo que habian dado á conocer los últimos trabajos de Dumont d'Urville, y cuyo sucinto resúmen es como sigue:

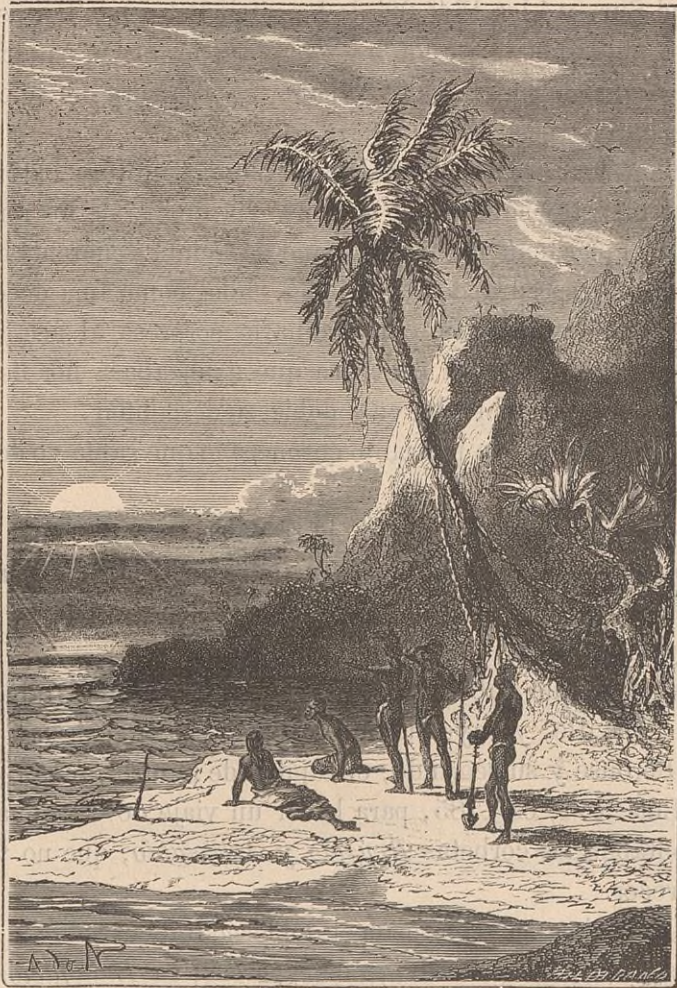
«La Pérouse y su segundo, el capitan de Langle, fueron enviados por Luis XVI, en 1785, para hacer un viaje de circunnavegacion. Montaban las corbetas *Brújula* y *Astrolabio*, que no volvieron á parecer.

»En 1791, inquieto con razon el gobierno frances sobre la suerte de ambas corbetas, armó dos grandes urcas, la *Indagacion* y la *Esperanza*. Estos buques salieron de Brest el 28 de Setiembre, á las órdenes de Bruno d'Entrecasteaux. Dos meses despues se averiguaba, por la declaracion de Bowen, jefe del *Albermale*, que unos restos de buques habian sido vistos en las costas de la Nueva Georgia. Pero d'Entrecasteaux, ignorando esta comunicacion, — por otro lado bastante incierta, — se dirigió hácia las islas del Almiran-



tazgo, designadas, en una relacion del capitan Hunter, como el sitio en que habia naufragado La Pérouse.

»Las investigaciones no dieron resultado. La *Esperanza* y la *Indagacion* pasaron por delante de Vanikoro sin detenerse; y, en suma, fué aquel viaje desgraciadísimo, pues costó la vida á d'En-



trecasteaux, á dos de sus segundos, y á varios marineros de la tripulacion.

»Un viejo navegante del Pacífico, el capitan Dillon, fué el primero que encontró vestigios indiscutibles de los naufragos. El 15 de Mayo de 1824, su buque, el *San Patricio*, pasó cerca de la isla



Allí coloqué el extraño huevo en uno de los escaparates del museo. Cené despues con apetito un trozo de hígado de foca, cuyo sabor me recordaba el de la carne de cerdo. Despues me acosté, no sin haber invocado, como los indios, los favores del rutilante astro.

Al dia siguiente, 21 de Marzo, desde las cinco de la mañana subí á la plataforma y encontré al capitán Nemo.

—El tiempo se despeja algo, me dijo, y tengo buena esperanza. Despues de almorzar iremos á tierra para escoger un punto de observacion.

Convenido esto, me fui á ver á Ned-Land para llevarlo con nosotros; pero el obstinado canadiense rehusó, y bien claro comprendí que su taciturnidad, así como su mal humor, se iban diariamente acrecentando. Con todo, no era de sentir su obstinacion en tales circunstancias, porque habia demasiadas focas en tierra, no siendo prudente someter el irreflexible pescador á ciertas tentaciones.

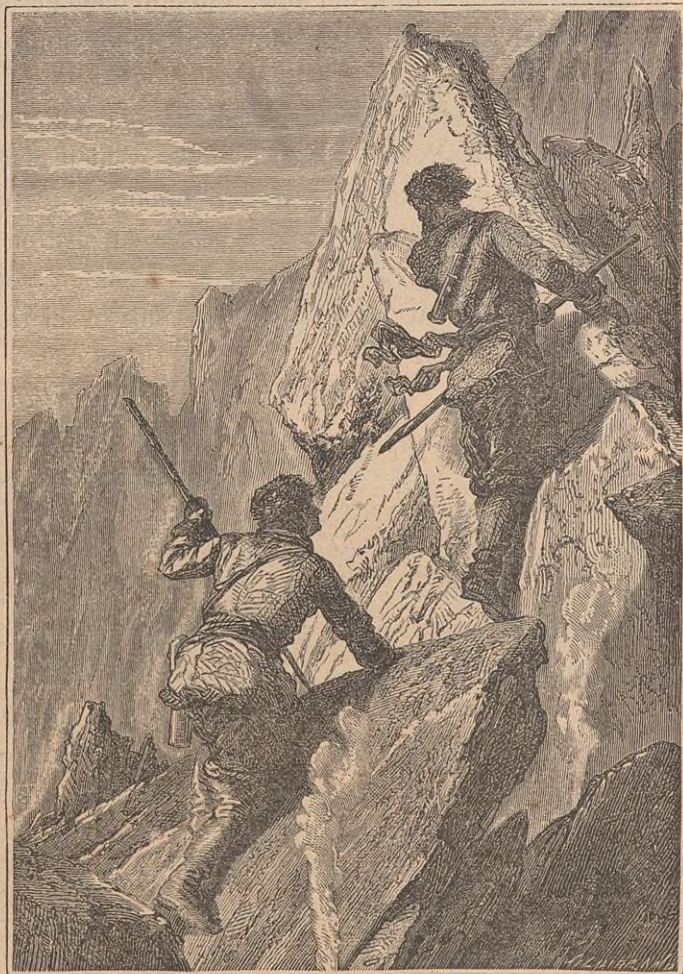
Terminado el almuerzo, me dirigí á tierra. El *Nautilus* habia recorrido todavía algunas millas durante la noche, habiéndose quedado mar adentro, á una legua de la costa, dominada por un pico agudo de cuatrocientos á quinientos metros. En el bote iban conmigo el capitán Nemo, dos hombres de la tripulacion y los instrumentos; esto es, un cronómetro, un anteojó y un barómetro.

Durante nuestra travesía, vi numerosas ballenas que pertenecian á las tres especies particulares de los mares australes, la ballena franca ó *right-whale* de los ingleses, que carece de nadadera dorsal; el *hump-back*, baleinóptero de abdomen rugoso y anchas nadaderas blanquecinas, que á pesar de su nombre no forman alas; y el *fin-back*, pardo amarillento, el más vivo de los cetáceos. Este poderoso animal se oye de léjos, cuando proyecta á grande altura sus columnas de aire y vapor, semejantes á torbellinos de humo. Aquellos diversos mamíferos se esparcian por bandadas en las aguas tranquilas, y bien se dejaba ver que aquel paraje del Polo antártico servia de refugio á los cetáceos perseguidos por los pescadores.

Observé también unos dilatados cordones blanquecinos de salpos, especie de moluscos agregados, y medusas de gran dimension, que se mecian entre los remolinos de las olas.



Á las nueve llegábamos á tierra. El cielo se aclaraba. Las nubes huían hácia el Sur. Las brumas abandonaban la fría superficie de las aguas. El capitán Nemo se dirigió al pico donde quería establecer su observatorio. Fue una ascension penosa sobre lavas agudas y piedras pómez, en medio de una atmósfera con frecuencia



saturada de emanaciones sulfurosas de las humaredas. El capitán, á pesar de no tener el hábito de pisar la tierra, trepaba por las pendientes más rápidas con una soltura y agilidad que yo no podía imitar, y que hubiera sido envidiada por un cazador de gamos.

Dos horas fueron necesarias para alcanzar la cumbre de aquel



pico, medio pórvido, medio basalto. Desde allí, nuestras miradas abrazaban un extenso mar, que hácia el Norte trazaba claramente su línea terminal sobre el fondo del cielo. Á nuestros pies habia campos resplandecientes de blancura. Sobre nuestra cabeza, un azul pálido, despejado de brumas. Por el Norte, el disco solar aparecia cual esfera de fuego truncada ya por la línea del horizonte. Del seno de las aguas se elevaban por centenares magníficos haces de surtidores líquidos. Á lo léjos, el *Nautilus* se divisaba cual cetáceo adormecido. Detras de nosotros, por el Sur y el Este, se extendia una tierra inmensa, con amontonamiento desordenado de rocas y de hielos, cuyo límite no se percibia.

El capitan Nemo, cuando llegó á la cumbre del pico, marcó cuidadosamente su altura por medio del barómetro, porque debia tener cuenta de ella en su observacion.

Á las doce ménos cuarto, el sol, visto entónces por refraccion únicamente, apareció como un disco de oro, y dispersó sus postremos rayos sobre aquel continente abandonado, y sobre aquellos mares que el hombre no ha surcado todavía.

El capitan, provisto de un anteojo de retículas, que por medio de un espejo corregia la refraccion, observó el astro que penetraba poco á poco por debajo del horizonte siguiendo una diagonal muy prolongada. Yo tenia el cronómetro. Mi corazon latia fuertemente. Si la desaparicion del semidisco solar coincidia con la hora de mediodía en el cronómetro, estábamos en el mismo Polo.

—Las doce! exclamé.

—El Polo Sur! respondió el capitan Nemo con voz grave y dándome el anteojo, con el cual se percibia el astro del dia, precisamente cortado en dos porciones iguales por el horizonte.

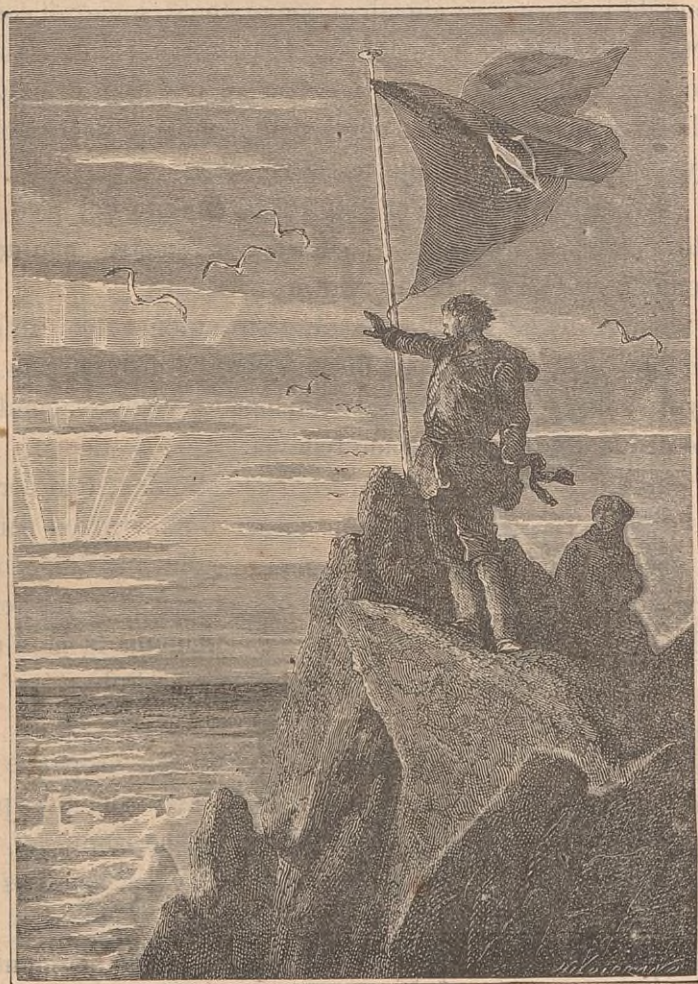
Yo vi los últimos rayos coronar el pico, y las sombras ir subiendo progresivamente por sus faldas.

En aquel momento, apoyando el capitan Nemo su mano sobre mis hombros, me dijo:

—Caballero, en 1600, el holandés Gueritk, arrastrado por las corrientes y las tempestades, alcanzó el grado 64 de latitud meridional y descubrió las *New-Shetland*. En 1773, el ilustre Cook, siguiendo en 17 de Enero el meridiano trigésimo octavo, llegó á los 67° 30' minutos de latitud, y en 1774 alcanzó los 71° 15', es-



tando en los  $109^{\circ}$  de longitud. En 1819, el ruso Bellinghausen se encontró en el paralelo sesenta y nueve, y en 1821 llegó al sesenta y seis, hallándose á los  $111^{\circ}$  de longitud Oeste. En 1820, el inglés Brunfield fué detenido á los  $65^{\circ}$  de latitud; y el mismo año, el americano Morrel, cuyas relaciones son dudosas, remon-



tándose por el meridiano cuarenta y dos, descubria el mar libre á los  $70^{\circ} 14'$  de latitud. En 1825, el inglés Powell no podia pasar de los sesenta y dos grados. El mismo año, un simple pescador de focas, el inglés Forster, capitan del *Chanticleer*, tomaba posesion del continente antártico á los  $63^{\circ} 26'$  de latitud, y  $66^{\circ} 26'$  de



longitud. En 1831, el inglés Biscoe descubria, el 1.º de Febrero, la tierra de Enderby á los 68° 50' de latitud; el 5 de Febrero, la tierra Adelaida á los 67°, y el 21 de igual mes, la tierra de Graham á los 64° 45'. En 1838, el frances Dumont d'Urville, detenido ante la banca de hielo, marcaba la tierra Luis Felipe á los 62° 57' de latitud; dos años más tarde daba nombre, en 21 de Enero, y á los 66° 30', á la tierra Adelia, y á la costa Claria, ocho dias despues, en los 64° 40'. El mismo año, el inglés Wilkes se adelantaba hasta el paralelo sesenta y nueve, estando á los 100° de longitud. En 1839, el inglés Balleny descubria la tierra Sabina en el límite del círculo polar. Por último, en 1842, el inglés James Ross, que montaba el *Erebo* y el *Terror*, el 12 de Enero, á los 76° 56' de latitud y 171° 7' de longitud Este hallaba la tierra Victoria; el 23 del propio mes, marcaba el paralelo setenta y cuatro, punto el más elevado hasta entónces alcanzado; el 27, llegaba á los 76° 8'; el 28, á los 77° 32'; el 2 de Febrero, á los 78° 4', y en 1842, volvió á los 71°, de donde no pudo pasar. Pues bien; yo, capitan Nemo, el 21 de Marzo de 1868, he llegado al Polo Sur, estando á los 90° de latitud, y tomo posesion de este paraje del Globo, igual á la sexta parte de los continentes conocidos.

—En nombre de quién, capitan?

—En el mio, señor profesor.

Y diciendo esto, desplegó una bandera negra que tenía una *N* de oro bordada en su centro. Y luégo, volviéndose al astro del dia, cuyos postreros rayos rozaban el horizonte del mar, exclamó:

—Adios, sol! desaparece, rutilante astro! Ocúltate bajo ese mar libre, y deja que una noche de seis meses extienda sus sombras sobre mis nuevos dominios!



## CAPÍTULO XV.

### ACCIDENTE Ó INCIDENTE.

El día siguiente, 22, á las seis de la mañana, se dió principio á los preparativos de marcha. Desvanecíanse entre las primeras sombras de la noche los últimos destellos del crepúsculo. El frío era muy vivo. Las constelaciones resplandecían con sorprendente intensidad, y sobre el zenit brillaba esa admirable Cruz del Sur, estrella polar de las regiones antárticas.

Señalaba el termómetro doce grados bajo cero, y cuando el viento se movía, causaba punzantes picaduras. Sobre el agua libre se multiplicaban los témpanos, y el mar tenía tendencia á solidificarse en todas partes, pues se extendían por la superficie numerosas manchas negruzcas, de esas que anuncian la próxima formación del reciente hielo. Era indudable que el mar austral, helado durante los seis meses del invierno, se tornaba absolutamente inaccesible. Qué se hacían las ballenas durante este período? Iban á buscar, probablemente, por debajo de la banca de hielo, mares más practicables. En cuanto á las focas y á las vacas marinas, como más acostumbradas á vivir en los climas muy crudos, se quedaban sobre aquellas congeladas masas, pues estos animales tienen el instinto de practicar sobre el hielo unos orificios, que mantienen constantemente abiertos para subir por ellos á respirar. Cuando las aves, desalojadas por el frío, emigran hácia el Norte, quedan aquellos mamíferos por únicos dueños del continente polar.

Entretanto, los réceptáculos de agua se habían llenado, y el *Nautilus* descendía con lentitud, hasta que se detuvo á mil pies de profundidad. Su hélice batió las aguas, y emprendió la marcha



hacia el Norte con una velocidad de quince millas por hora. Por la tarde, flotaba ya debajo de la inmensa mole de la sólida banca.

Por prudencia se habían cerrado las ventanas del salón, porque podía acontecer que el *Nautilus* tropezara con algún témpano suelto; así es que empleé todo aquel día en ordenar mis apuntes, dedicándose mi trabajo mental por entero á coordinar mis recuerdos del Polo. Habíamos llegado á tan inaccesible punto sin fatigas, sin peligro, como si nuestro wagon flotante se hubiese deslizado sobre los rails de un ferro-carril. Y ahora estábamos ya de regreso. ¿Tendríamos análogas sorpresas? Así lo creía yo, al considerar lo inagotable que es la serie de portentos submarinos. Desde que el azar nos había traído al *Nautilus*, habíamos recorrido catorce mil leguas; y en este trayecto, más extenso que el Ecuador terrestre, el viaje había sido amenizado con multitud de incidentes, ó curiosos ó terribles: ¡la caza en la Selva de Crespo; el encallamiento en el Estrecho de Torres; el cementerio de coral; las pesquerías de Ceylan; el túnel arábigo; los fuegos de Santorino; los millones de la bahía de Vigo; la Atlántida, el Polo Sur! Durante la noche, pasando estos recuerdos de ensueño en ensueño, no dejaron que mi cerebro descansara un solo instante.

Á las tres de la mañana me despertó un violento choque. Me incorporé, y estaba escuchando entre la oscuridad, cuando me vi bruscamente arrojado en medio de la cámara. Evidentemente que el *Nautilus*, después de haber tocado sobre algún escollo, estaba considerablemente tumbado. Me agarré á las paredes, y arrastrándome por los corredores, llegué hasta el salón alumbrado por su luminoso techo. Los muebles estaban derribados. Por fortuna, los escaparates, sólidamente asegurados en su base, se habían mantenido firmes. Los cuadros de estribor estaban pegados á la tapicería, mientras que los de babor colgaban con separación de un pie por su borde inferior. Por consiguiente, el *Nautilus* estaba volcado sobre estribor, y además completamente inmóvil.

Se oían en el interior voces confusas y ruido de pasos; pero el capitán Nemo no parecía. En el momento en que me iba á marchar del salón, Ned-Land y Consejo entraron.

—Qué hay? les pregunté.

—Yo venía á preguntárselo al señor, respondió Consejo.



—Mil diantres! exclamó el canadiense. Yo bien lo sé. El *Nautilus* ha varado, y si hemos de juzgar por la situación, no creo que salga de aquí con la misma posibilidad que en el Estrecho de Torres.

—Pero ha vuelto siquiera á la superficie del mar?

—Lo ignoramos, respondió Consejo.

—Fácil es averiguarlo, dije yo.

Consulté el manómetro, y con gran sorpresa mia, indicaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

—Qué quiere decir esto? exclamé.

—Hay que preguntárselo al capitán, dijo Consejo.

—Y dónde hallarlo? añadió Ned-Land.

—Seguidme, dije á mis dos compañeros.

Abandonamos el salón. En la biblioteca no había nadie. Supuse que el capitán Nemo estaría en la casilla del timonel; y como era mejor esperarle, volvimos los tres al salón.

Nada diré de las recriminaciones del canadiense, que daba rienda suelta á su acaloramiento. Le dejé desahogar su mal humor á todo gusto sin responderle.

Así estuvimos veinte minutos, tratando de sorprender los menores ruidos que se producían en el interior del *Nautilus*, hasta que entró el capitán Nemo, quien afectó no vernos. Su fisonomía, habitualmente impasible, revelaba cierta inquietud. Observó silenciosamente la brújula y el manómetro, y fue á poner su dedo en el punto del planisferio que representaba los mares australes.

No quise interrumpirle. Algunos instantes más tarde, cuando se volvió hácia mí, le dije, devolviéndole una expresión de que se había servido en el Estrecho de Torres:

—Un incidente, capitán?

—No señor; esta vez es un accidente.

—Grave?

—Tal vez.

—Es inmediato el peligro?

—No.

—Está varado el *Nautilus*?

—Sí.

—Y de qué depende esto?



—De un capricho de la Naturaleza y no de la impericia humana. No hemos cometido una sola falta en las maniobras; pero no es posible impedir que el equilibrio produzca sus efectos. Se pueden arrostrar las leyes humanas, pero no resistir á las de la Naturaleza.

Extraño era el momento que escogia el capitan Nemo para entregarse á esa filosófica meditacion. Su respuesta, en suma, no me sacaba de dudas, y le dije:

—Puedo saber cuál es la causa de este accidente?

—Un enorme témpano de hielo, una montaña ha sufrido un vuelco, me respondió. Cuando las moles congeladas están minadas en su base por aguas más calientes ó por choques reiterados, su centro de gravedad sube más arriba, y entónces se vuelcan. Esto es lo sucedido. Una de esas moles, al dar la vuelta, ha tropezado con el *Nautilus*, y deslizándose por debajo de su casco y levantándolo con irresistible fuerza, lo ha elevado hasta unas aguas ménos densas, donde se encuentra caido de costado.

—¿Pero no es posible restituirle el equilibrio, vaciando sus depósitos?

—Eso estamos haciendo, señor profesor. Podeis escuchar cómo funcionan las bombas. Ved la aguja del manómetro; indica que el *Nautilus* sube; pero con él sube tambien el pedazo de hielo; y miéntras su movimiento ascensional no se vea detenido por un obstáculo, no cambiaremos de posicion.

En efecto, el *Nautilus* seguia tumbado sobre estribor, y era indudable que se restableceria su equilibrio cuando la masa congelada se detuviera. ¿Pero quién sabe si habíamos tropezado tambien en la parte inferior de la gran banca, y estábamos espantosamente oprimidos entre las dos superficies heladas?

Yo meditaba sobre las consecuencias de esta situacion, miéntras que el capitan Nemo no cesaba de observar el manómetro.

El *Nautilus*, desde la caida del *ice-berg*, habia subido unos ciento cincuenta pies; pero continuaba formando el mismo ángulo con la perpendicular.

De repente, el casco se movió ligeramente. El *Nautilus*, pues, iba volviendo á su posicion normal. Los objetos suspendidos recobraban su natural situacion; las paredes se iban acercando á la verticalidad, y el suelo se tornaba horizontal. Ninguno de nosotros



hablaba; estábamos observando y escuchando con el ánimo suspenso. Trascurrieron así diez minutos, y exclamé:

—Por fin, ya estamos en posición recta!

—Sí, respondió el capitán Nemo, dirigiéndose á la puerta.

—Pero navegaremos?

—Ciertamente, puesto que los depósitos no están vaciados todavía, y el *Nautilus* ha de subir á la superficie.

El capitán salió, y observé que por sus órdenes no tardó en suspenderse la marcha ascensional, porque en efecto, era mejor conservar nuestra embarcación entre dos aguas, ántes que tropezar con la pared inferior de la banca.

—De buena nos hemos librado! dijo entonces Consejo.

—Sí. Podíamos habernos visto estrujados por esas masas de hielo, ó cuando ménos, aprisionados. Y entonces, no pudiendo renovar el aire..... Sí! De buena nos hemos librado!

—Si es que esto ha concluido! murmuró Ned-Land.

No quise entablar con el canadiense una conversacion inútil, y no respondí. Por otra parte, se abrieron las ventanas, y la luz exterior penetró por los cristales.

Estábamos en agua libre, como lo he dicho; pero á una distancia de diez metros, por cada lado del *Nautilus*, se levantaba una resplandeciente muralla de hielo. Por encima y por debajo habia otra muralla. Por encima, porque la superficie interior de la banca se desarrollaba como una techumbre inmensa; por debajo, porque el trozo volcado, despues de haberse deslizado poco á poco, habia encontrado en las paredes laterales los puntos de apoyo que le mantenian en su nueva posición. El *Nautilus* estaba aprisionado en un verdadero túnel de hielo, de una anchura de veinte metros, lleno de agua mansa. Le era, pues, fácil salir marchando hácia adelante ó hácia atrás, y recobrar despues, á unos cien metros más abajo, un libre paso por debajo de la banca.

El techo luminoso se habia apagado, y sin embargo, el salón resplandecia con intensa luz. Es que la poderosa reverberación de las paredes de hielo reflejaba hácia nosotros los fulgores del fanal. Difícil es describir el efecto de la radiación eléctrica sobre aquellas masas caprichosamente recortadas, donde cada ángulo, cada arista, cada faceta despedian brillos diferentes, segun la naturaleza de las



vetas que presentaba el hielo, asemejándose á una resplandeciente mina de gemas, y especialmente de záfiro, que cruzaban sus destellos azules con los verdes de la esmeralda. De trecho en trecho, los matices opalinos, de una suavidad infinita, se extendían entre puntos ardientes como otros tantos diamantes de fuego, cuya brillo no podía ser sostenido por nuestras miradas. La potencia del fanal se veía centuplicada, como la de una lámpara al traves de las fajas lenticulares de un faro de primer orden.

—Cuán bello es esto! cuán bello! exclamó Consejo.

—Sí! dije yo. Es un espectáculo admirable. ¿No es verdad, Ned-Land?

—Mil diantres que sí, contestó. Esto es soberbio, y rabio por convenir en ello. Nunca se ha visto cosa igual; pero puede ese espectáculo costarnos caro. Y para decirlo todo, se me figura que estamos viendo cosas que Dios ha querido alejar de las miradas humanas.

Ned-Land tenía razon. Era demasiado bello. De repente, un grito de Consejo hizo volverme.

—Qué ocurre? pregunté.

—Cierre el señor los ojos! No mire el señor!

Al decir esto, Consejo tapaba sus párpados con las manos.

—¿Pero qué tienes muchacho?

—Estoy deslumbrado, ciego!

Mi vista se dirigió involuntariamente al cristal de la ventana; pero no pude soportar el fulgor que lo iluminaba.

Comprendí lo que pasaba. El *Nautilus* acababa de ponerse en marcha á gran velocidad. Todos los resplandores tranquilos de las murallas de hielo se habian trocado en rayas luminosas, cuyos fulgorosos fuegos se confundían. El *Nautilus*, arrastrado por su hélice, viajaba entre un estuche de relámpagos.

Las ventanas se cerraron. Teníamos las manos aplicadas sobre nuestros ojos, impregnados de esos visos concéntricos que flotan ante la retina, cuando los rayos solares la han herido vivamente. Teníamos que aguardar algun tiempo para moderar la turbacion de nuestras miradas, hasta que nuestras manos se bajaron.

—Á fe mia que jamás lo hubiera creído, dijo Consejo.

—Y yo todavía no lo creo, contestó el canadiense.



—Cuando volvamos á tierra, añadió Consejo, estaremos tan maravillados de todos estos portentos de la Naturaleza, que nada sabremos qué pensar de esos miserables continentes, ni de esas pequeñas obras salidas de mano de los hombres. No! ¡El mundo habitado ya no es digno de nosotros!

Semejantes palabras en boca de un impasible flamenco, demostraban cuál era el grado de efervescencia á que habia llegado nuestro entusiasmo. Pero el canadiense no dejó de aplacarlo con su gota de agua fria.

—El mundo habitado! dijo moviendo la cabeza. No tengais cuidado, amigo Consejo, no volveremos á verlo!

Erán las cinco de la mañana. En aquel momento hubo un choque por la parte anterior del *Nautilus*. Comprendí que su espolon acababa de tropezar con una mole de hielo. Debía de ser una falsa maniobra, porque aquel túnel submarino, obstruido con trozos de hielo, no ofrecía una navegacion fácil. Creí, pues, que el capitán Nemo, modificando su rumbo, sortearía aquellos obstáculos y seguiría las sinuosidades del túnel. En todo caso, la marcha hacía adelante no podía quedar en absoluto detenida. Sin embargo, y contra mi esperanza, el *Nautilus* tomó un movimiento de retroceso muy pronunciado.

—Volvemos hácia atrás! dijo Consejo.

—Sí, respondí. El túnel, sin duda, no tiene salida por este lado.

—Y entónces?

—Entónces, dije, la maniobra es bien sencilla. Retrocedemos, y todo queda reducido á salir por el orificio del Sur.

Al hablar así, trataba yo de parecer más sereno de lo que estaba realmente. Entretanto, el movimiento retrógrado del *Nautilus* se aceleraba, arrastrándonos á contrahélice con gran velocidad.

—Será una tardanza! dijo Ned.

—¡Qué importan algunas horas más ó ménos, con tal que salgamos!

Me paseé durante algunos instantes del salon á la biblioteca, y mis compañeros estaban sentados y silenciosos. Me acosté despues sobre un divan, y tomé un libro, que mi vista recorria maquinalmente.

Un cuarto de hora despues, Consejo se me acercó, diciendo:



—Es muy interesante lo que el señor está leyendo?

—Muy interesante, respondí.

—Ya lo creo, como que es del señor el libro que el señor lee.

—Mi libro?

En efecto, tenía en la mano la obra de los *Grandes fondos submarinos*, sin haberlo reparado. Cerré el libro y me volví á pasear, mientras que Ned y Consejo se levantaron para retirarse.

—Quedaos, amigos míos, les dije, deteniéndolos. Estemos juntos hasta que salgamos de este callejon.

—Como el señor guste, respondió Consejo.

Trascurrieron algunas horas. Observé los instrumentos, y el manómetro indicaba que el *Nautilus* se hallaba á una profundidad constante de trescientos metros; la brújula, que marchaba al Sur, y el loch, que andaba con una velocidad de veinte millas por hora, rapidez excesiva para tan estrecho espacio. Nemo sabía que no podía perder tiempo, y que los minutos eran siglos.

Á las ocho y veinticinco se sintió otro golpe. Perdí el color. Mis compañeros se habian acercado, y nos mirábamos, diciendo nuestros ojos más de lo que hubieran expresado las palabras.

Entónces entró el capitán en el salon, y me dirigí á él.

—Está el camino tambien cerrado por el Sur? le pregunté.

—Si señor. El *ice-berg*, al volcarse, ha cerrado toda salida.

—Estamos bloqueados?

—Sí.



## CAPÍTULO XVI.

### CARENCIA DE AIRE.

Teníamos, pues, encima, alrededor y por debajo del *Nautilus*, un impenetrable muro de hielo. ¡Éramos prisioneros de la congelada banca! El canadiense pegó un puñetazo en la mesa; Consejo callaba. Yo miraba al capitán, cuyo semblante había recobrado su impassibilidad habitual, al paso que meditaba cruzado de brazos. El *Nautilus* estaba quieto.

Tomó poco después la palabra, diciendo con serena voz:

—Señores; hay dos modos de morir en las condiciones que nos rodean.

Decía esto aquel extraño personaje, cual si fuera un profesor de matemáticas explicando una lección á sus alumnos.

—El primero, añadió, es morir aplastados. El segundo, es morir asfixiados. No hablo de la posibilidad de morir de hambre, porque los abastecimientos del *Nautilus* durarán ciertamente más que nosotros. Ocupémonos, pues, de las probabilidades del aplastamiento ó de la asfixia.

—En cuanto á la asfixia, capitán, le dije, no la debemos temer, porque nuestros depósitos están llenos.

—Exacto, replicó el capitán Nemo; pero no nos darán más que dos días de aire. Hace treinta y seis horas que estamos presos en estas aguas, y ya la atmósfera viciada del *Nautilus* exige renovación. Dentro de cuarenta y ocho horas, nuestra reserva se habrá agotado.

—Pues bien, capitán, procuremos librarnos ántes de cuarenta y ocho horas,



—Así lo intentaremos, perforando el muro que nos rodea.

—Por qué lado?

—La sonda nos lo dirá. Voy á varar el *Nautilus* sobre el banco inferior, y mis hombres, revestidos con las escafandras, atacarán el hielo por su pared ménos gruesa.

—Se pueden abrir las ventanas del salon?

—Sin inconveniente, puesto que ya no nos movemos.

El capitán Nemo salió, y bien pronto advertí, por los silbidos, que el agua se introducía en los depósitos. El *Nautilus* descendió con lentitud, y descansó sobre el fondo de hielo á la profundidad de trescientos cincuenta metros.

—Amigos míos, dije; la situación es grave, pero cuento con vuestro valor y energía.

—Señor, me respondió el canadiense, no será ahora cuando os mortifique con mis recriminaciones. Estoy dispuesto á todo para la comun salvación.

—Bien, le dije, dándole un apretón de manos.

—Añadiré, prosiguió, que tan enseñado á manejar la piqueta como el arpon, puede el capitán disponer de mí, si lo cree útil.

—No desecharé vuestro auxilio. Venid, Ned-Land.

Le conduje á la cámara, donde la tripulación del *Nautilus* se ponía las escafandras, y di parte al capitán de la proposición de Ned, que fué aceptada.

El canadiense se endosó el traje de mar, y estuvo dispuesto con la misma presteza que sus compañeros de trabajo.

Todos llevaban á la espalda el aparato Rouquayrol, provisto de un buen contingente de aire puro, tomado necesariamente de la reserva del *Nautilus*. En cuanto á las lámparas Rumhkorff, eran inútiles en medio de las aguas luminosas saturadas de radiación eléctrica.

Después de vestirse Ned-Land, entré en el salon, cuyas ventanas estaban abiertas; y colocado cerca de Consejo, examiné las capas ambientes que rodeaban al *Nautilus*.

Algunos instantes después, veíamos una docena de hombres de la tripulación apearse sobre el banco de hielo, y entre ellos á Ned-Land, fácil de reconocer por su elevada estatura. El capitán Nemo estaba con ellos.



Antes de proceder á la perforacion del hielo, mandó practicar calas, que debian asegurar la buena direccion de los trabajos, haciendo penetrar largas tientas en las paredes laterales; pero á los quince metros todavía las detenía la gruesa muralla. Se juzgó inútil pensar en la superficie de arriba, porque era la banca misma con



más de cuatrocientos metros de altura. Se sondeó la superficie inferior, y se reconoció que estábamos diez metros separados del agua líquida. Había que cortar un pedazo igual á la superficie de la línea de agua del *Nautilus*. Era necesario arrancar seis mil qui-



nientos metros cúbicos de hielo para obtener una abertura por donde cupiésemos.

El trabajo comenzó inmediatamente, y fue dirigido con infatigable obstinacion. En vez de cavar alrededor del *Nautilus*, lo cual hubiera ofrecido grandes dificultades, el capitán Nemo hizo dibujar la inmensa fosa á diez metros de la anca de babor. Despues, la tripulacion taladró el hielo en diferentes puntos de la circunferencia, y luego comenzaron á obrar los picos, desprendiéndose gruesos pedazos. Por un efecto curioso del peso específico, aquellos trozos, ménos pesados que el agua, se subian á la bóveda, cuyo grueso crecia en tanto cuanto disminuia el de abajo, adelgazándose la pared inferior, que era lo que importaba.

Despues de dos horas de enérgico trabajo, Ned-Land se retiró fatigado. Sus compañeros y él fueron sustituidos por nuevos trabajadores, á los cuales nos unimos Consejo y yo. El segundo del *Nautilus* nos dirigia.

El agua me pareció singularmente fria, pero entré en calor manejando el pico. Mis movimientos eran muy libres, aunque se efectuaban bajo una presion de treinta atmósferas.

Cuando me retiré á las dos horas para tomar algun alimento y descanso, hallé una notable diferencia entre el fluido puro que me suministraba el aparato Rouquayrol, y la atmósfera del *Nautilus*, cargada ya de ácido carbónico. Hacía cuarenta y ocho horas que el aire no se renovaba, quedando muy debilitadas sus cualidades vivificantes. Entretanto, y por espacio de doce horas, no se habia conseguido arrancar más que un metro en profundidad de hielo, sean unos seiscientos metros cúbicos. Suponiendo que cada doce horas se hiciera el mismo trabajo, necesitábamos todavía cinco noches y cuatro dias para llevar á cabo nuestra empresa.

—Cinco noches y cuatro dias! dije á mis compañeros, y no nos queda en los depósitos más aire que para dos dias.

—¡Sin contar, repuso Ned, que una vez fuera de esta maldita prision, estaremos todavía empeñados por debajo de la banca de hielo, y sin comunicacion posible con la atmósfera!

Cuán juiciosa era esta observacion! ¿Quién era capaz de prever el mínimum de tiempo necesario para nuestra libertad? ¿No nos habria ahogado la asfixia ántes que el *Nautilus* pudiera volver á



la superficie? ¿Estaba destinado á perecer en aquella tumba de hielo con todos los que encerraba? La situación parecia terrible; pero cada cuál la comprendia, y todos estaban decididos á cumplir con su deber hasta el fin.

Segun mis previsiones, durante la noche se habia profundizado



un metro más el alveólo inmenso por donde habia de buscar su salida el *Nautilus*. Pero por la mañana, cuando vestido con mi escafandra recorrí la masa líquida á la temperatura de seis á siete grados bajo cero, observé que las paredes laterales se iban aproxi-



mando. Las capas de agua, lejanas del hoyo, y que no se calentaban con el trabajo de los hombres y la acción de las herramientas, indicaban una tendencia á congelarse. Ante este nuevo é inminente peligro, desaparecian nuestras probabilidades de salvación, sin que yo creyera posible impedir la solidificación de aquel ambiente líquido, que podia hacer estallar como vidrio el casco de nuestra embarcación.

Nada dije de este nuevo riesgo á mis dos compañeros. ¿Para qué infundir desmayo, abatiendo la energía que empleaban en el penoso trabajo de nuestra salvación? Pero cuando volví á bordo, di cuenta al capitán Nemo de tan grave complicación.

—Ya lo sé, me dijo con aquel acento sereno que ni las más terribles coyunturas hacían modificar. Es un peligro más, y no me ocurre medio ninguno para conjurarlo. La única probabilidad de salvación consiste en ir más aprisa, procurando llegar los primeros. Á esto se reduce todo.

Ser los primeros en llegar! Pero no debían extrañarme ya estas impertérritas ocurrencias del capitán Nemo.

Aquel día manejé el pico con afán durante muchas horas, y este trabajo me daba aliento. Por otra parte, trabajar era lo mismo que dejar el *Nautilus*, esto es, respirar directamente el aire puro suministrado por los aparatos, abandonando una atmósfera empobrecida y viciada.

Por la noche tenía el hoyo un metro más de profundidad. Cuando volví á bordo, estuve á pique de asfixiarme con el ácido carbónico de que estaba saturado el aire. Ah! ¿por qué no teníamos los medios químicos de desalojar aquel ambiente deletéreo? El oxígeno no nos faltaba. Toda aquella agua lo contenía en gran cantidad, y descomponiéndola por medio de nuestras potentes pilas, nos hubiera restituido el fluido vivificador. Bien me había esto ocurrido; pero nada hubiéramos adelantado, estando invadidas todas las piezas del buque por el ácido carbónico, producto de nuestra respiración. Para absorberlo hubiéramos necesitado recipientes de potasa cáustica en agitación incesante; pero faltaba esta sustancia á bordo, y nada había que pudiera reemplazarla.

Aquella noche, el capitán Nemo mandó abrir las llaves de sus depósitos y derramar por el interior del *Nautilus* algunas co-



lumnas de aire, y sin esta precaucion no nos habríamos dispersado.

Al dia siguiente, 26 de Marzo, proseguí en mi trabajo de minero, empezando á arrancar el quinto metro. Las paredes laterales y la inferior de la banca iban visiblemente acercándose. Era evidente que se juntarian ántes que el *Nautilus* hubiese conseguido desembarazarse. Tuve un momento de desesperacion, y por poco soltaron mis manos el pico. ¿Para qué seguir cavando si habia de perecer ahogado, estrujado, por aquella agua que se petrificaba, suplicio que no habia inventado ni la ferocidad de los salvajes? Parecíame que me encontraba entre las formidables mandíbulas de un mónstruo, que se iban irremisiblemente cerrando.

En aquel momento, el capitan Nemo, que ayudaba á trabajar y lo dirigia todo, pasó á mi lado. Le toqué con la mano y le enseñé las paredes de nuestra cárcel. La de estribor se habia acercado ya á ménos de cuatro metros del casco del *Nautilus*.

El capitan me comprendió, y me indicó con señas que le siguiera. Volvimos á bordo, y despues de quitarnos las escafandras, le acompañé al salon, donde me dijo:

—Señor Aronnax, es necesario apelar á algun medio heróico, ó de lo contrario vamos á quedar empotrados en esta agua congelada como si fuera un cemento.

—Sí por cierto, exclamé; pero qué haremos?

—Ah! ¡Si mi *Nautilus* fuera bastante fuerte para sostener esa presion sin quedar aplastado!

—Y qué? pregunté sin entender la idea del capitan.

—¿No comprendeis, repuso, que esa congelacion nos serviria de auxilio? ¿No reparais que la solidificacion haria estallar esos trozos de hielo que nos aprisionan, asi como al helarse hace éstallar las piedras más duras? ¿No veis que sería entónces un agente de salvacion en vez de serlo de destruccion?

—Sí, capitan, tal vez; mas por grande que sea la resistencia del *Nautilus*, no podria aguantar tan espantosa presion, y se aplastaria como una chapa de palastro.

—Ya lo sé, y por eso no podemos contar con el auxilio de la Naturaleza, sino con nosotros mismos. Tenemos que oponernos á esa solidificacion, deteniéndola. No solamente se estrecha el espacio



comprendido entre las paredes laterales, sino que ya no quedan más que diez pies de agua por delante y por detras del *Nautilus*. La congelacion nos alcanza por todos lados.

—¿Cuánto tiempo nos permitirá respirar á bordo el aire de los receptáculos?

El capitan me miró de hito en hito, y dijo:

—Pasado mañana, los depósitos estarán vacíos.

Un sudor frio me acometió, y sin embargo yo no debia asombrarme de esa respuesta. El 22 de Marzo, el *Nautilus* habia penetrado bajo las aguas libres del Polo. Estábamos á 26, y llevábamos por consiguiente cuatro dias viviendo con las reservas. Y lo que restaba de aire respirable, era necesario conservarlo para los trabajadores. En el momento en que escribo estos sucesos, mi impresion es tan viva todavía, que un terror involuntario se apodera de todos mis sentidos, y me parece que el aire falta á mis pulmones.

Entretanto, el capitan Nemo reflexionaba silencioso, quieto; y era indudable que le cruzaba una idea por la imaginacion; pero al parecer la rechazaba, respondiendo negativamente á sí mismo, hasta que por último soltaron sus labios las siguientes palabras:

—El agua hirviendo!

—El agua hirviendo? exclamé.

—Si señor. Estamos encerrados en un espacio relativamente pequeño. ¿Acaso no es posible elevar la temperatura ambiente, y retardar la congelacion del agua con chorros de agua hirviendo, inyectados por las bombas del *Nautilus*?

—Hay que hacer la prueba, dije resueltamente.

—Hagámosla, señor profesor.

El termómetro señalaba entónces ménos de siete grados al exterior. El capitan Nemo me llevó á las cocinas, donde funcionaban vastos aparatos destilatorios que nos suministraban el agua potable por evaporacion. Se cargaron de agua, y todo el calor eléctrico de las pilas fue derramado por los serpentines bañados de líquido. En pocos minutos habia alcanzado el agua cien grados, y fue dirigida á las bombas, miéntras que era reemplazada por otra, y asi sucesivamente, á medida que se calentaba. El calor desarrollado por las pilas era tal, que el agua fria tomada del mar llegaba hirviendo á los cuerpos de la bomba con sólo atravesar los aparatos.



La inyeccion comenzó, y tres horas despues el termómetro señalaba al exterior seis grados bajo cero. Era la ventaja de un grado. Dos horas más tarde llegábamos á cuatro grados.

—Saldremos bien, dije al capitán, despues de haber seguido y comprobado por numerosas observaciones los adelantos de la operacion.

—Así lo creo, me contestó. No seremos estrujados. Ya no nos queda otro recelo que el de la asfixia.

Durante la noche, la temperatura del agua llegó á un grado bajo cero, sin que pudiera pasar de aquí; pero como la congelacion del agua de mar no se produce sino á dos bajo cero, me tranquilicé contra los peligros de la solidificacion.

Al dia siguiente, 27 de Marzo, habíamos arrancado seis metros de hielo, y nos quedaban cuatro por ahondar. Faltaban, pues, cuarenta y ocho horas de trabajo. El aire no podia renovarse ya en el interior del *Nautilus*, y por eso aquella jornada fue de mal en peor.

Una pesadez intolerable me abrumó. Hacia las tres de la tarde, este sentimiento de angustia llegó á muy alto grado. Los bostezos dislocaban mis mandíbulas. Mis pulmones jadeaban en busca del fluido comburente indispensable para la respiracion, y que se iba enrareciendo cada vez más. Se apoderó de mis sentidos una torpeza moral. Estaba tendido, sin fuerzas y casi sin conocimiento. Mi buen Consejo, atacado por los mismos síntomas, sufriendo idénticos padecimientos, no me abandonaba. Me agarraba la mano, me daba ánimo, y yo le oia decir:

—Ah! Si pudiera yo no respirar para dejar más aire al señor!

Mis ojos se inundaban de lágrimas al escucharle hablar así.

Nuestra situacion era tan intolerable en el interior, que cuando nos llegaba el turno de trabajar, nos apresurábamos llenos de gozo á ponernos las escafandras. Los picos resonaban sobre la helada superficie. Los brazos se fatigaban, las manos se desollaban; pero nada eran estos afanes, nada estas heridas, porque el aire vital llegaba desde los aparatos á nuestros pulmones. ¡Allí, por fin, se respiraba, se respiraba!

Y sin embargo, nadie prolongaba más de lo debido su trabajo. Todos entregaban al fin de la tarea, á sus compañeros angustiados, el aparato que debia transmitirles vida. El capitán Nemo daba



el ejemplo, y era el primero en someterse á tan severa disciplina. Llegada la hora, cedia su aparato á otro, y se retiraba á la atmósfera viciada de bordo, siempre sereno, siempre sin desmayar, siempre sin quejarse.

Aquel dia, el trabajo habitual se cumplió con más vigor todavía. Solamente dos metros nos separaban del mar líquido; pero los receptáculos estaban casi vacíos de aire, y lo poco que restaba debia estar conservado para los trabajadores. Ni un átomo para el *Nautilus*.

Cuando volví á bordo quedé casi sofocado. Qué noche! ¡Imposible describirla, ni expresar tanto sufrimiento! Al dia siguiente, mi respiracion estaba oprimida. Mezclábanse con los dolores de cabeza, pesados y confusos, vértigos semejantes á la embriaguez. Mis compañeros experimentaban idénticos síntomas, y algunos hombres de la tripulacion roncaban de un modo muy parecido al estertor.

Aquel dia, sexto de nuestro cautiverio, el capitan Nemo abandonó el sistema de trabajo demasiado lento del pico, resolviendo quebrar la capa de hielo que restaba por arrancar. Aquel hombre habia conservado su sangre fria y su energía. Domaba con su fuerza moral los dolores físicos. Pensaba, combinaba, obraba.

Por su orden, se aligeró la embarcacion y se puso á flote, trayéndola despues encima del hoyo inmenso, abierto segun la configuracion de la línea de agua. Volviéronse á llenar de líquido los receptáculos; el *Nautilus* bajó y se encajó en la abertura.

Todos entraron á bordo; se cerró la doble puerta de comunicacion, y se dejó descansar la nave submarina sobre el fondo del hoyo, formado entónces por una capa de hielo que no llegaba á un metro de grueso, y estaba perforada por la sonda en mil puntos diferentes.

Se abrieron las llaves de los receptáculos, y cien metros cúbicos de agua entraron en el *Nautilus*, aumentando su peso en cien mil kilógramos.

Estábamos esperando, olvidando nuestros padecimientos, y jugando nuestra salvacion á la última suerte.

Á pesar de los zumbidos que aturdian mi cabeza, sentí los chasquidos del hielo bajo el casco del *Nautilus*. Se produjo un des-



nivel. El hielo estalló con singular estrépito, semejante al del papel que se rasga, y nuestro bajel descendió.

—Pasamos! me dijo Consejo al oído.

No pude responder, y me así de su mano, oprimiéndola con involuntaria convulsión.



De repente, arrastrado el *Nautilus* por su espantosa sobrecarga, penetró como una bala bajo las aguas; es decir, que cayó como en el vacío.

Entonces se aplicó toda la fuerza eléctrica á las bombas, que empezaron á desalojar el agua de los receptáculos. Al cabo de al-



gunos minutos cesó el descenso, y el manómetro comenzó á indicar un movimiento ascensional. La hélice, marchando á gran velocidad, hizo estremecer el casco del buque hasta sus redobles, y nos impelió hacia el Norte.

¿Pero cuánto debía durar esta navegacion por debajo de la banca de hielo hasta el mar libre? Un dia quizá? La muerte estaba más cercana.

Medio extendido sobre un divan de la biblioteca, me sofocaba. Mi rostro estaba amoratado, mis labios azules, mis facultades suspensas. Ni veia ni escuchaba nada. La nocion del tiempo habia desaparecido de mi entendimiento. Mis músculos no podian contraerse.

No puedo calcular las horas que asi trascurrieron; pero tuve la conciencia de mi agonía, que empezaba. Comprendí que iba á morir.....

De repente recobré el sentido. Algunas bocanadas de aire penetraban en mis pulmones. ¿Habíamos subido ya á la superficie del mar? Habíamos dejado la banca de hielo atras?

No! Eran Ned y Consejo, mis dos buenos amigos, que se sacrificaban por salvarme. Quedaban todavía algunos átomos de aire en el fondo de un aparato. En vez de respirarlo, lo habian conservado para mí; y mientras que ellos se ahogaban, me daban á mí la vida gota á gota. Quise rechazar el aparato, me sujetaron las manos, y durante algunos instantes respiré con deleite.

Mi vista se dirigió al reloj. Eran las once de [la mañana. Debíamos estar á 28 de Marzo. El *Nautilus* andaba con una velocidad espantosa de cuarenta millas por hora. Se retorcia en las aguas.

Dónde estaba el capitan Nemo? Habia sucumbido? ¿Habian perecido sus compañeros con él?

En aquel momento, el manómetro indicaba que sólo estábamos á veinte pies de la superficie, separándonos de la atmósfera una simple corteza de hielo. No sería fácil quebrarla?

Tal vez. En todo caso, el *Nautilus* iba á intentarlo. Sentí, en efecto, que tomaba una posicion oblicua elevando su espolon, bastando una introduccion de agua para producir el desequilibrio. Impelido despues por su potente hélice, atacó la masá congelada por



debajo cual formidable ariete. Lo iba así rajando, se retiraba, y acometía de nuevo á toda velocidad, hasta que, arrastrado por un supremo impulso, se lanzó sobre la congelada superficie, despedazándola con su peso.

La escotilla fue inmediatamente abierta, arrancada más bien, y el aire puro se introdujo á torrentes en todo el interior del *Nautilus*.



Luis J. J. J.

## CAPÍTULO XVII.

### DEL CABO DE HORNOS AL RIO DE LAS AMAZONAS.

Cómo y por qué estaba ya en la plataforma, no puedo explicarlo. Quiza me habia llevado allí el canadiense. Pero lo que me importaba era que respiraba y que saboreaba el vivificante aire del mar. Mis dos compañeros se hallaban tambien á mi lado, embriagándose con las frescas moléculas de aquella anhelada atmósfera. Los que por desgracia han estado durante mucho tiempo privados de alimento, no pueden, sin imprudencia, comer todos los primeros alimentos que les presentan. Nosotros, por el contrario, no teníamos necesidad de contenernos, y podíamos aspirar á todo pulmon los átomos de aquella brisa, que derramaba sobre nosotros una voluptuosa embriaguez.

—Ah! decia Consejo, qué cosa tan buena es el oxígeno! No tenga el señor miedo de respirar. Para todos hay.

En cuanto á Ned-Land, no hablaba, pero abria unas mandíbulas capaces de espantar á un tiburón. ¡Y qué aspiraciones tan poderosas! Podia decirse que el canadiense absorbia tanto aire como una estufa en plena combustion.

Presto recobramos las fuerzas, y cuando miré alrededor de nosotros vi que estábamos solos. Ningun hombre de la tripulacion. Ni aun el capitán Nemo. Los extraños marineros del *Nautilus* se satisfacian con el aire que circulaba en el interior. Ninguno habie venido á deleitarse en plena atmósfera.

Las primeras palabras que pronuncié fueron palabras de agradecimiento y gratitud hácia mis compañeros. Ned y Consejo habian prolongado mi existencia durante las últimas horas de tan larga



agonía. No era posible, no, pagar tanta adhesión con todo mi reconocimiento.

—Vamos, señor profesor, me decía Ned-Land; no vale eso la pena de hablar de ello. Qué mérito tenemos? Ninguno. No era más



que una cuestión de aritmética. Vuestra existencia valía más que la nuestra; luego era preciso conservarla.

—No, le dije, no valía más. Nadie es superior á un hombre generoso y bueno, y vos lo sois.

—Está bien! está bien! respondió Ned-Land cortado.

—Y tú, mi buen Consejo, mucho has sufrido.



—No mucho, si he de ser veraz. Bien me faltaban algunas bocanadas de aire; pero me parece que me hubiera ido acostumbrando. Por otra parte, yo estaba viendo al señor perder el sentido, y no me daba esto gana ninguna de respirar; al contrario, se me cortaba el aliento.....

No sabiendo cómo continuar, y confuso por las vulgaridades que empezaba á decir, Consejo no terminó su frase.

—Amigos míos, les dije vivamente conmovido; estamos ligados para siempre los tres, y teneis derechos que ejercer sobre mí.

—De los cuales abusaré, respondió el canadiense.

—Qué quiere decir eso? dijo Consejo.

—Sí, repuso Ned-Land; el derecho de llevaros conmigo cuando me vaya de esta infernal embarcacion.

—Al grano, añadió Consejo; vamos por el buen camino?

—Sí, respondí, puesto que vamos hácia el sol, y aquí el sol es el Norte.

—Sin duda, dijo Ned-Land; pero falta saber si caminamos hácia el Pacífico ó hácia el Atlántico, es decir, los mares frecuentados ó los desiertos.

No podia yo responder, y hasta tenía mis recelos de que el capitán nos llevase más bien al vasto mar que baña las costas del Asia y de América. Asi completaria la vuelta entera, volviendo á los parajes donde el *Nautilus* estaba más independiente. Y entonces, ¿cómo realizaria Ned-Land sus proyectos, estando lejos de las tierras habitadas?

No debíamos tardar en dejar resuelto este importante punto. El *Nautilus* marchaba con viveza. El círculo polar quedó atras, y el rumbo era hácia el promontorio de Hornos. Estábamos á la vista de la punta americana el dia 31 de Marzo á las siete de la tarde.

Olvidados estaban ya todos nuestros padecimientos. El recuerdo de nuestro encierro en los hielos se iba desvaneciendo, y sólo pensábamos en el porvenir. El capitán Nemo no parecia ni en el salon ni en la plataforma. El punto que el segundo tomaba diariamente sobre el planisferio, me permitia conocer la direccion exacta del *Nautilus*. Aquella tarde quedó evidentemente demostrado, y con mucha satisfaccion mia, que íbamos por el Atlántico.

Di parte de mis observaciones al canadiense y á Consejo.



—Buena noticia, respondió Ned-Land; pero adónde vamos?

—No lo sé.

—¿Querrá el capitán llevarnos ahora al Polo Norte para trasladarse al Pacífico por el famoso paso del Noroeste?

—Cuidado con incitarle á ello, dijo Consejo.

—Es que ántes dejaríamos su compañía, añadió el canadiense.

—De todos modos, prosiguió Consejo, el capitán Nemo es un hombre de pro, y no nos pesará haberle conocido.

—Sobre todo despues de haberle abandonado, respondió Ned-Land.

Al dia siguiente, 1.º de Abril, cuando el *Nautilus* volvió á la superficie, algunos minutos ántes de mediodía divisamos una costa al Oeste. Era la Tierra de Fuego, á la cual dieron este nombre los navegantes por las numerosas humaredas que despedian las chozas indígenas. La Tierra de Fuego constituye una extensa aglomeracion de islas, que tiene treinta leguas de largo por ochenta de anchura, entre los 53º y 56º de latitud austral, y los 67º 50' y 77º 15' de longitud Oeste. La costa me pareció baja; pero á lo léjos se veian elevadas montañas. Crei percibir el monte Sarmiento, que tiene dos mil setenta metros sobre el nivel del mar; masa piramidal de esquisto, de aguda cumbre, y que, segun esté velada ó despejada de vapores, anuncia el buen ó mal tiempo, segun me dijo Ned-Land.

—Famoso barómetro, amigo mio.

—Si señor, barómetro natural, que nunca me ha engañado cuando navegaba por los pasajes del Estrecho de Magallanes.

En aquel momento, el pico nos pareció claramente perfilado sobre el fondo del cielo. Era señal de buen tiempo, y así sucedió.

Volviendo el *Nautilus* á sumergirse, se acercó á la costa y la siguió durante algunas millas. Por las ventanas del salon vi unos largos bejucos y unos fucos gigantescos, los varecs portaperas, de los cuales habia algunas muestras en el mar libre del Polo, con sus filamentos viscosos y lisos, que medían hasta trescientos metros de longitud; verdaderos cables, más gruesos que el pulgar, muy resistentes, que algunas veces sirven de amarras para los buques. Otra hierba llamada velp, con hojas de cuatro pies de longitud,



empastada sobre las concreciones coralígenas, tapizaba los fondos, sirviendo de nido y alimento para una multitud de crustáceos y de moluscos, cangrejos y calamares. Allí, las focas y las nutrias se entregaban á espléndidos banquetes, mezclando la carne de pescado con las verduras del mar, á usanza inglesa.

Sobre aquellos fondos feraces y frondosos, el *Nautilus* pasaba con extraordinaria rapidez. Por la noche se acercó al archipiélago de las Malvinas, cuyas ásperas cumbres pude al siguiente día reconocer. La profundidad del mar no era muy grande, y creí, no sin razón, que aquellas dos islas rodeadas de muchos islotes formaban antiguamente parte de las tierras de Magallanes. Las Malvinas fueron probablemente descubiertas por el célebre John Davis, que les dió el nombre de Davis-Southern Islands. Más tarde, Ricardo Hawkins las llamó Maiden-Islands, ó islas de la Virgen. Después fueron denominadas Malvinas al principio del siglo XVIII por unos pescadores de Saint-Malo; y en fin, Falklan por los ingleses, á quienes hoy pertenecen.

En aquellos parajes, nuestras redes recogían hermosas muestras de algas, y particularmente cierto fuco, cuyas raíces estaban cargadas de las mejores almejas del mundo. Los gansos y los patos cayeron por docenas sobre la plataforma, y tuvieron bien pronto su acomodo en la despensa. En materia de peces observé especialmente unos pertenecientes al género gubio, largos de dos decímetros, y moteados con manchas blancas y amarillas.

Admiré igualmente numerosas medusas, y sobre todo las criasoras, que son las más bellas del género, familiares de las Malvinas. Se asemejaban unas veces á una sombrilla semiesférica muy lisa, rayada de líneas de color rojizo pardo, y terminada por doce festones regulares; otras veces imitaban un canastillo, del cual se desprendían graciosamente anchas hojas y prolongadas ramitas encarnadas. Nadaban agitando sus cuatro brazos foliáceos, y dejaban flotar á la rastra su opulenta cabellera de tentáculos. Hubiera querido yo conservar algunas muestras de estos delicados zoófitos; pero no son más que nubes, sombras, apariencias que se desvanecen y evaporan fuera de su elemento natal.

Cuando hubieron desaparecido bajo el horizonte las últimas alturas de las islas Malvinas, el *Nautilus* se sumergió entre veinte



y veinticinco metros, y siguió la costa americana sin que apareciera el capitán Nemo.

Hasta el 3 de Abril no abandonamos los parajes de la Patagonia, unas veces bajo el Océano, otras en la superficie. El *Nautilus* pasó delante de la ancha embocadura de la Plata, y costeaba el 4 de Abril el Uruguay, pero cincuenta millas mar adentro. Su dirección se mantuvo al Norte, y continuó siguiendo las largas sinuosidades de la América meridional. Habíamos andado ya diez y seis mil leguas desde nuestro embarque en los mares del Japon.

Hacia las once de la mañana fue cortado el trópico de Capricornio, estando á los 37° de longitud, y pasamos junto al Cabo Frio. El capitán Nemo, con disgusto de Ned-Land, no era aficionado á las costas habitadas del Brasil, porque andaba con una velocidad vertiginosa. No podía seguirnos, por veloz que fuera, ni un pez, ni una ave, quedando sin observación las curiosidades naturales de aquellos mares.

Esta velocidad se sostuvo durante algunos días, y el 9 de Abril por la tarde estábamos á la altura de la punta más oriental de la América del Sur, que forma el Cabo de San Roque. Pero entonces el *Nautilus* se apartó de nuevo, y fue á buscar mayores profundidades á un valle submarino formado entre dicho Cabo y Sierra Leona, en la costa africana. Este valle se bifurca á la altura de las Antillas, y termina al Norte por una enorme depresión de nueve mil metros. En estos sitios, el corte geológico del Océano forma hasta las pequeñas Antillas un acantilado de seis kilómetros cortado á pico; y á la altura de las islas de Cabo Verde, otra muralla no ménos considerable, que encierran entre sí todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo de este inmenso valle es accidentado, y ofrece algunas montañas, que dan á esos fondos submarinos algunos aspectos pintorescos. Hablo especialmente de ellos con referencia á los mapas manuscritos existentes en la biblioteca del *Nautilus*, mapas evidentemente debidos al capitán Nemo, y trazados por sus observaciones personales.

Durante dos días, aquellas aguas desiertas y profundas fueron visitadas por medio de planos inclinados. El *Nautilus* hacía largas bordadas diagonales que le llevaban á todas las alturas. Pero el 11 de Abril se elevó súbitamente, apareciendo de nuevo la tierra en



la embocadura del rio de las Amazonas, vasto estuario, cuyo desagüe es tan considerable que desala el agua del mar en un espacio de muchas leguas.

Habíamos cortado el Ecuador. A veinte millas al Oeste quedaban las Guayanas, tierra francesa, sobre la cuál hubiésemos podido hallar fácil refugio. Pero la brisa era fuerte, y las olas furiosas no hubieran permitido que un bote las arrostrase. Ned-Land lo comprendió sin duda, porque no me habló de nada. Por mi parte, no hice alusion alguna á sus proyectos de fuga, porque no queria inducirle á ninguna tentativa, que hubiese infaliblemente abortado.

Compensé fácilmente esta tardanza por medio de interesantes estudios. Durante las dos jornadas del 11 y 12 de Abril, el *Nautilus* no se movió de la superficie del mar, y sus redes le proporcionaron una pesca maravillosa en zoófitos, peces y reptiles.

Algunos zoófitos habian sido pescados por la cadena de la barredera. Eran en la mayor parte unas bellas fictalinas, pertenecientes á la familia de los actinidians, y entre otras especies el *phyctalis protexta*, originario de aquella parte del Océano, pequeño tronco cilíndrico, adornado con líneas verticales, moteado con puntos encarnados, y coronado por una maravillosa borla de tentáculos. En cuanto á los moluscos, consistian en productos que ya habia yo observado, como turritelas; olivas-pórfidos, de líneas regularmente entrecortadas, cuyas manchas rojizas destacaban vivamente sobre un fondo de encarnacion; pteróceros fantásticos, semejantes á escorpiones petrificados; hialas traslucidas; argonautas; jibias de excelente comer, y ciertas especies de calamares, que los naturalistas de la antigüedad clasificaban entre los peces volantes, y que se emplean generalmente para cebo en la pesca del bacalao.

Respecto á los peces de aquellos parajes, y que no habia tenido ocasion de estudiar todavía, observé diversas especies. Entre los cartilaginosos, unos peromizontes-prica, especie de anguilas de quince pulgadas de longitud, con cabeza verdosa, nadaderas moradas, dorso gris azulado, abdómen pardo plateado moteado de manchas vivas, el iris de los ojos con cerco dorado, animales curiosos, que la corriente de las Amazonas habia debido arrastrar hasta el mar, porque suelen habitar las aguas dulces; unas rayas tubercu-



ladas, de hocico agudo, cola larga y suelta, armadas con prolongado aguijon dentado; unos pequeños escualos de un metro, de piel gris y blanquecina, dientes dispuestos en varios órdenes y encorvados hácia atras, vulgarmente conocidos con el nombre de chanclos; unas lofias vespertiliones, especie de triángulos isósceles rojizos, de medio metro, cuyas pectorales adheridas á una prolongacion carnosa les dan el aspecto de murciélagos, y á quienes un apéndice córneo, situado junto á las narices, les ha hecho llamar unicornios marinos; y por último, unas especies de balistes, el curasaviano, cuyos costados moteados brillan con resplandeciente color de oro; y el caprisco morado claro, de matices tornasolados como el cuello de una paloma.

Terminaré esta nomenclatura algo árida, pero exacta, con la serie de peces óseos que observé: unos pasanés, del género apteronoto, cuyo hocico es muy obtuso y blanco de nieve, el cuerpo pintado de hermoso negro, y están provistos de una tira carnosa muy larga y muy suelta; unos odontagnatos aguijonados, largas sardinas de tres decímetros, resplandecientes con vivo brillo plateado; unos escombros-guaros, provistos de dos nadaderas anales; unos centronotes-negros de matices oscuros, que se pescan con hachas de viento, largos peces de dos metros, de carne gorda, blanca, firme, y que frescos saben á anguila, al paso que secos tienen el sabor de salmon ahumado; unos labros semirojos, revestidos de escamas tan sólo en la base de las nadaderas dorsales y anales; unos crisópteros, en los cuales el oro y la plata mezclan su brillo con el de los rubíes y del topacio; unos escuaros de cola de oro, cuya carne es muy delicada, y cuyas propiedades fosforescentes los descubren en medio de las aguas; unos esparos-pobos, de lengua fina y matices anaranjados; unos scienos-coro, de nadaderas caudales doradas; unos acanturos-negrucos; unos anableptos de Surinam, etc.

Este etcétera no me impedirá citar también un pez, del cual se acordará Consejo durante mucho tiempo, y con motivo.

Trajo la red una especie de raya muy aplanada, que sin la cola hubiera formado un disco perfecto, y que pesaba unos veinte kilogramos. Era blanca por debajo, rojiza por encima, con grandes manchas redondas de color azul oscuro, cercadas de negro, de piel



muy lisa, y terminando por una nadadera bilobulada. Extendida sobre la plataforma, se agitaba procurando volverse por medio de movimientos convulsivos, y hacía tantos esfuerzos, que con un brinco más iba á precipitarse al mar. Pero Consejo, que tenía empeño en retener aquel pez, se arrojó sobre él, y ántes de poderse lo yo estorbar, lo había agarrado con ambas manos.

En el mismo instante quedó deribado con las piernas al aire y la mitad del cuerpo paralizado, gritando:

—Ay, amo mio, amo mio! Venid en mi auxilio!

Era la vez primera que el pobre mozo no me hablaba en tercera persona.

Habíamosle levantado y le dimos friegas, hasta que recobrando sus sentidos, murmuró aquel eterno clasificador con voz entrecortada:

—Clase de los cartilaginosos, órden de los conopterigios, de branquias fijas, subórden de los selacianos, familia de las rayas, género de los torpedos.

—Sí, amigo mio, le respondí; es un torpedo el que te ha puesto en tan deplorable estado.

—Ay! bien puede creer el señor que me vengaré de ese animal.

—Y de qué manera?

—Comiéndolo.

Y lo hizo así aquella misma noche, pero por puras represalias, porque era carne muy coriácea.

El desgraciado Consejo había acometido á un torpedo de la más peligrosa especie, la cumana, animal extraño, que en medio del agua mata á los peces con fulminante descarga, tal y tan grande es la potencia de su órgano eléctrico, cuyas dos superficies principales no miden ménos de veintisiete pies cuadrados.

Al siguiente día, 12 de Abril, durante el día, el *Nautilus* se aproximó á la costa holandesa, hácia la embocadura del Maroni. Allí vivían en familia varios grupos de lamantinos, del género manatí, que como el dugongo y el estelero, pertenecen al órden de los sirenianos. Estos hermosos animales, pacíficos é inofensivos, de seis á siete metros de longitud, debían pesar al ménos cuatro mil kilogramos. Hice saber á Ned-Land y á Consejo, que la previsora Naturaleza había encargado á estos mamíferos el desempeño de im-



portantes funciones. Ellos son los que, como las focas, pacen las praderas submarinas, destruyendo las aglomeraciones de yerbas que obstruyen la embocadura de los rios tropicales.

¿Y sabeis, añadí, lo que ha sucedido desde que los hombres



han aniquilado por completo estas razas útiles? Las yerbas en putrefaccion han emponzoñado el aire, y la fiebre amarilla devasta esas admirables regiones. Las vegetaciones venenosas se han multiplicado en esos mares tórridos, y el mal se ha desarrollado desde la



embocadura del Rio de la Plata hasta las Floridas. Y si hemos de creer á Toussenel, ese azote no es nada al lado del que herirá á nuestros descendientes cuando estén los mares despoblados de focas y ballenas. Hacinado entónces todo, pulpos, medusas, calamares,



se formarán vastos focos de infeccion, porque ya no surcarán las aguas esos grandes estómagos, á los cuales habia dado Dios el encargo de espumar la superficie de los mares.

Entretanto, y sin desdeñar estas teorías, la tripulacion del



*Nautilus* se apoderó de média docena de manatís. Se trataba, en efecto, de abastecer la despensa con excelente carne, mejor que la de vaca y ternera. La caza no fue interesante, porque los manatís se dejan herir sin defensa. Muchos millares de kilogramos de carne destinada á ser acecinada, quedaron almacenados á bordo.

Aquel dia, una pesca singularmente practicada vino á aumentar las reservas del *Nautilus*, y á demostrar la abundancia de aquellos mares. La barredera habia traído en sus mallas cierto número de peces, cuya cabeza terminaba por una placa ovalada de bordes carnosos. Eran unos equenéides de la tercer familia de los malacopterigios subraquianos. Su disco aplanado se compone de láminas cartilaginosas transversales movibles, entre las cuales el animal puede practicar el vacío, lo cual le permite adherirse á los objetos á modo de ventosa.

La rémora, que habíamos observado en el Mediterráneo, pertenece á esta especie; pero el pez de que se trata aqui era el equenéide osteóquero, particular de los mares donde estábamos. Nuestros marinos, á medida que los cogian, los ponian en unas tinas llenas de agua.

Terminada la pesca, el *Nautilus* se acercó á la costa, donde cierto número de tortugas marinas dormian en la superficie de las aguas. Hubiera sido difícil apoderarse de aquellos preciosos reptiles, porque el menor ruido los despierta, al mismo tiempo que su caparazon sólido está á prueba del arpon. Pero el equenéide debia verificar esa captura con una seguridad y una precision extraordinarias. Ese animal es en efecto un anzuelo vivo, que haria la suerte y la felicidad del sencillo pescador de caña.

Los hombres del *Nautilus* ataron á la cola de esos peces un anillo bastante ancho para no molestar sus movimientos, y en esta especie de argolla fijaron una cuerda larga, amarrada á bordo por la otra punta.

Los equenéides, arrojados al mar, empezaron á trabajar, y fueron á pegarse sobre la concha de las tortugas. Su tenacidad era tal, que ántes que soltar presa se hubieran dejado despedazar. La tripulacion despues los izaba á bordo, y con ellos las tortugas adheridas.

De esta manera se cogieron varios cacuanos, de un metro de



Luis Payne

anchura y un peso de doscientos kilogramos. Eran muy preciosos por su caparazon cubierto de placas córneas grandes, delgadas, transparentes, pardas, con motas blancas y amarillas. Y además eran excelentes bajo el punto de vista comestible, como todas las tortugas francas, que son de exquisito gusto.

Con esta pesca terminó nuestra residencia en los parajes del rio Amazonas, y llegada la noche, el *Nautilus* volvió á alta mar.



## CAPÍTULO XVIII.

### LOS PULPOS.

Durante algunos días, el *Nautilus* se fue constantemente apartando de la costa americana. No quería por lo visto frecuentar los mares del golfo de Méjico ó de las Antillas. Y sin embargo, no le hubiera faltado el agua, puesto que allí la profundidad média es de mil ochocientos metros; pero probablemente aquellos parajes, sembrados de islas y surcados de vapores, no convenian al capitán Nemo.

El 16 de Abril pudimos reconocer la Martinica y la Guadalupe á la distancia de unas treinta millas. Percibí por un momento sus elevados picos.

El canadiense, que habia esperado poner en planta sus proyectos en el golfo, sea ganando la tierra, sea dirigiéndose á uno de los muchos barcos que hacen el cabotaje de una isla á otra, estaba desconcertado. La fuga hubiera sido muy practicable, consiguiendo Ned-Land apoderarse del bote sin saberlo el capitán; pero en medio del Océano no podia pensar en ello.

El canadiense, Consejo y yo tuvimos bastante larga conversacion con este motivo. Seis meses hacía que éramos prisioneros en el *Nautilus*. Habíamos recorrido diez y siete mil leguas, y como lo decia Ned-Land, no habia razon para que esta situacion terminara. Me hizo entónces una proposicion que yo no esperaba, á saber, que yo plantease al capitán Nemo esta cuestion: ¿Pensaba tenernos indefinidamente á bordo?

Semejante gestion me repugnaba, y abrigaba yo la creencia de que no podia tener éxito. Nada podia esperarse del jefe, y te-







## CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Esta obra ve la luz por entregas de 8 PÁGINAS EN 4º, con muchos y magníficos grabados intercalados en el texto.

Todas las semanas se repartirán dos entregas bajo su cubierta, formando toda la obra un tomo de regulares dimensiones.

El precio por suscripción es MEDIO REAL LA ENTREGA en toda España.

Terminada la obra, su precio será 10 rs. más que el de suscripción.

## OBRAS EN VENTA DE LA MISMA CASA.

### EL INFIERNO DEL DANTE.—

Traducción clásica del Areediano D. Pedro Fernandez de Villegas, revisada por el Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch: exornada con treinta y siete magníficas fotografías en gran tamaño, copia fiel de los admirables dibujos hechos á pluma por el caballero Francisco Scaramuzza, Director de la Real Academia de Parma.

Esta obra, que además contiene el texto italiano, y que forma un elegantísimo volumen en gran folio, propio para regalo y para honrar la biblioteca más selecta, cuesta 360 rs. vn., y puede adquirirse por nuestros suscritores á pagar en mensualidades de 40 rs. La obra se remitirá en el acto.

De este modo facilitamos la adquisición de libro tan estimable á todas las clases de la sociedad, sin gravámenes ni sacrificios sensibles.

**CURSO DE ESTADÍSTICA**, por D. Serafin Adame y Muñoz, Abogado de los Tribunales de la Nación y de los Ilustres Colegios de Madrid y de Sevilla.—Obra recomendable y de reconocida utilidad para los alumnos de Administración y de Jurisprudencia: ha estado declarada de texto para la enseñanza de dichas carreras.

Un volumen en 4º de 500 páginas, elegantemente impreso y con muchos

é interesantísimos datos no contenidos en las anteriores ediciones. Su precio, 30 rs., y para nuestros suscritores 20.

**TEORIA DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA** y de las penas y recompensas en la vida futura, por D. Juan Alonso y Eguilaz. Esta obrita, que tan justamente está llamando la atención de los hombres pensadores por la lucidez y alto criterio con que en ella se resuelven los más arduos problemas de la inmortalidad, véndese á 4 rs., y á 3 para nuestros suscritores.

**ESPARTERO: su hoja de servicios, y su influjo en la Revolucion española.**—Un opúsculo en 4º con mucha y clara lectura, que manifiesta con la más rigurosa exactitud los grandes méritos y extraordinarios servicios de este ilustre español. Su precio, 2 rs.

**ATLAS CONJUGADOR DE LOS VERBOS FRANCESES.**—Por un procedimiento facilísimo é ingenioso (su autor M. Gleizes, acreditado profesor del idioma) puede aprenderse perfectamente la conjugación de todos los verbos, tanto regulares como irregulares, sin pérdida de tiempo ni fatiga de la memoria. Su precio, 6 rs., y 4 para nuestros suscritores.

**SEMANA SANTA en verso**, por D. Ramon de Satorres: *Segunda edición, corregida y aumentada.*—Esta obra, exornada con dos magníficas láminas fotografadas, forma un volumen de trescientas veinte páginas. Véndese á 12 rs. en Madrid, en el Establecimiento tipográfico de L. Jaime, calle del Fomento, número 6, y en las principales Librerías; en Provincias, á 14 rs.